

TEMI: Somos un Problema.

Daniel Jorge Antón

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1 de 6: "Temi"

(...veo el suelo siendo convertido en musgo frondoso. Si mirase arriba podría ver el reflejo del mar y como sus rocas brillantes me saludan. Frente a la puerta de los cielos, abierta de par en par.

Decido entrar y no sé por qué.

Lo que me encuentro, me ha encontrado, y es informe. Tras pasar el portal de mi psique, sé que cometí un error. El primer paso me hace caer al vacío. No hay gravedad, pues siento que flotó, pues entonces cuando algo en mitad del océano espaciado donde me encuentro, lo que creía en soledad, me estremece con un agarre en mi espalda.

Me quiere dar la vuelta. Quiere girarme y enseñarme lo que es. Tiene sentimientos por mí y me obliga a tomarle recelo. Su indiscutible fuerza pesa en mi resistencia.

Ve algo entre los brazos de piel arrugada y gris que me sujetan. Es una garganta de dientes, sin rostro, obligándome a acercarme a su voracidad. Filas y filas de dientes incrustados en encías purpuras y verdes. Y al fondo, de todo ese horror controlado por el hambre, un espejo donde puedo verme a mí mismo y al cielo)

-Chacho ... ichacho! ... ¡CHACHO! Despierta ya Temi. Anoche me dijistes que te despertase y no me apoyas- dijo Rayco mientras restregaba su mano sobre la cabeza de su hermano mayor – Eso es, abre un ojo y si puedes el otro ya me completas el trabajo.

Viendo que su hermano no se levanta, Rayco va hacia la cocina de su piso. Allí coge un vaso y lo va llenando de agua.

El sol entraba por la ventana de su cocina.

Fuera estaba como casi siempre en primavera, un solaso y el ruido natural de su calle, La machacona. Eso le daba al viernes, a las once de la mañana, una perfecta combinación para sentirse hogareño.

Comenzando por su cabeza, Temi decide dar un poco de libertad a su pensamiento. La sentía como el motor del ascensor de su bloque, viejo, polvoriento y sobrecalentado; el calor le ofrecía cierta comodidad, así que

se tomó un breve momento para divagar entre sus ideas mañaneras.

Las imágenes de sus conocidos con los que salía a menudo venían en tropel a sus ojos como fotografías en negativo.

(Siento una breve presión en la cabeza)

Del hilo de sus pensamientos iba surgiendo un zumbido, un leve ruido producido seguramente por la mezcla de alcohol, algún tabaco trucado y música bien alta, en el oído. Iban tomando forma las últimas conversaciones de la noche.

Risas, fiestas, brindis porque sí, momentos de tensión y solo uno fue el que más tiempo ocupaba en su cabeza: el recuerdo de Lara, bailando con él al lado de los grandes altavoces. Podía recordarla tal como fue ese instante...

Alguien interrumpió esa imagen y la aparto de su cabeza, su hermano.

-Toma- Rayco le deja el vaso en la mesa de noche – Me ha llamado el casero, por cierto, que cuando le pagábamos la renta del mes. - se toma una breve pausa para recordar algo más.

La cara pensativa de Rayco excedía el esfuerzo humano, pero al final consiguió recordar.

-! Ahi, y no sé qué royo más te traes con él, pero que quería verte. - continuó diciendo.

(Seguro que es por su hijita querida. Seguro)

Rayco se percata de la inactividad mañanera de su hermano, como de costumbre. Se permite el lujo de seguir el hilo de conversación, aunque no le respondiese.

-Me comentó que si habías visto a su hija Lara, que llevaba un par de días viniendo por aquí y no le había dicho nada. Que si sabias algo, que lo avisarás. -

(Bingo)

Agarrando el vaso con una mano, Temi sorprende a su hermano con la otra haciendo gesto demasiado brusco y agarrándole del brazo.

Se bebe en poco menos de dos segundos el vaso, se seca los labios con el brazo y le pone el vaso en la mano que tenía cogida.

-Ponlo en la cocina...- dice Temi con voz ronca y grave, haciendo una pausa para mirarle a los ojos. - y bécete lo que te recomendó la tía Mary... no quiero tener que volver a meterte en la ducha con hielo volviendo del curro -

Rayco, cambio su cara de sorprendido a incrédulo por el agarre y la fugacidad de las palabras, para luego permanecer en una mirada fija al suelo. Él tampoco quería bañarse en hielo.... otra vez.

Prosiguió con apartarle la mirada a su hermano y deslizar los pies hacia la puerta del ropero. Su cuerpo tampoco estaba bien y su hermano notaba esa debilidad que le venía siempre después del fin de semana o en días de fiestas.

Al fin y al cabo, viven en uno de los lugares con más días festivos del país.

Mientras Temi, ignorándolo completamente, se cambiaba de ropa, o se la ponía, mejor dicho; Rayco lo observa con ojos de pena, no entiende por qué su hermano hace lo que hace y porque pone tanto empeño, tiempo y dinero en volverlo a hacer.

(¿Cuánto tiempo llevábamos viviendo aquí? ¿Cuánto tiempo llevábamos viviendo juntos, sin nadie más que nosotros?)

El estudio estaba situado en uno de los barrios anexos a la calle comercial de Mesa y López, en una cuarta planta de un ancho edificio. Las escaleras y los pasillos competían por ver cuál de los dos era el más estrecho y menos luminoso. La puerta, irremediablemente, era un trozo de aluminio blanco y contrachapado. Entraron entonces por primera vez y lo que vieron era igual de estrecho que los pasillos, pero con iluminación natural muy extensa por las anchísimas ventanas.

Era toda una pared que daba a la calle. Y unas cortinas bien gruesas que compensaban la extrema visibilidad de la calle al interior.

El resto de la distribución era sencilla.

De la puerta hasta la "pared de cristal" había un pasillo con dos salas a cada lado, luego otro pasillo más y dos habitaciones cuando llegabas al salón que serviría de eje central de la casa.

En ése mismo lugar, un sofá pistacho ajado miraba a la ventana, una mesa cuadrada de madera servía de centro, tres sillas acordes a la mesa y un sillón desteñido recordarían, en su conjunto, a una imagen de salón noventero americano, si no fuera por las paredes.

Eran blancas, de "gotéale", y daban un buen reflejo a la luz así que las mañanas serían calurosas en verano, pero cálidas en invierno.

Los espacios de los lados del pasillo eran la cocina y el baño. Ambos muy simples y también con ventanas

(...nos encanta las ventanas por esa radiación natural que entra y nos calienta el cuerpo recién levantado.)

El hermano mayor los usaría como centros del pensamiento, colocando sus plantas y trozos recortados de libros y revistas por las paredes. Entre lo que más predominaba eran las portadas de álbumes de música hard-tech, drum&bass, bass-step, electro, etc. Y otros de insectos y mándalas.

No tenían mucha más importancia de las que Temi podría expresar en una conversación sobre la música electrónica europea. O simplemente, cuando le preguntaban por cómo bailaba en los clubes nocturnos de su isla.

Mientras Rayco seguía con el vaso sujeto frente a la ventana, Artemi, despacio, va moviendo su cuerpo para coger la ropa. Los brazos, entumecidos, las piernas, cansadas y pesadas ambas y una de ellas con ese cosquilleo particular de "sigo dormido, no molestes", le dificultan tanto decisiones de comodidad como de estética.

(¿A quién le importa en verdad?)

Otro día más. Parece que me acabasen de enviar por el fax más pequeño de la empresa, la virgen.)

Mientras pasa al mundo consciente, se vira hacia la cama y con la mirada fija en su almohada (un cacho de goma espuma troceada y envuelta en una tela de la tienda china del final de la calle) se replantea aquellas ideas de su padre.

"Por qué dormimos sí parece una milonga de la vida. Una pérdida de Tiempo" Le decía en un recuerdo en el que él se quedó sentado en un taburete de un bar y su padre, descontrolado por la bebida y la buena conversación, charlaba con los compañeros de trabajo, tras un buen domingo de pesca.

Parece que tenemos que representar a un personaje como en una obra de teatro en las antiguas comedias griegas; como si ser parte de la sociedad productiva fuese un beneficio propio y de nuestros colectivos específicos.

(Menuda pérdida de tiempo...)

Sé que pasamos al menos un tercio de nuestra existencia tirados en un colchón de plástico, cartón, paja o el mismo suelo.

Ese tiempo. El tercio que estoy perdiendo, que estamos perdiendo, me exige que lo varié, que lo cambie, que lo aproveche...

¡Por eso mismo ostia! Llevo tres semanas durmiendo solo cuatro horas al día, es rentable, pero mi cuerpo no se acostumbra; estar como uno quiere nunca es sencillo.

Pero lo acostumbraré, fácilmente.

Lejos de la ciudad, en una de las múltiples urbanizaciones de los extremos de la isla, dentro de una de las más cotizadas y antiguas casas, estaba un hombre sentado dentro de su estudio privado en una silla de cuero rojizo, sin camisa y dejando restos de sudor y pelo. Respaldado en el cómodo asiento, su coleta cae sobre la parte trasera del respaldo y la mano izquierda, sosteniendo un remasterizado teléfono digital de rodillo que asomaba por un lateral.

Las paredes eran de papel, de un papel amarillo y viejo que se saltaba por las diferentes alturas dejando ver un interior de madera algunas veces húmedo y podrido. La longitud de las cuatro paredes, formaban un rectángulo de seis por cuatro metros, así que era un buen emplazamiento para el estudio.

Un gran escritorio central, con retoques en espiral con forma de hoja y bordes bien rematados, hecho de la mejor madera de tea de las islas, estaba al fondo de la sala, dando un aspecto de oficialidad y seguridad al hablar con quien se sentase en la silla rojiza de cuero. En ese mismo asiento, aquel hombre dialogaba por su teléfono privado y desatendía la atención hacia la puerta deliberadamente.

Unos breves golpes en la misma pedían paso para entrar.

- ¡Pasa! – dijo el hombre en voz alta en mitad de su conversación privada.
- ... si, seguiremos hablando más tarde sobre como la has jodido y vete pensando que le vas a decir a De Gil sobre su nieta. – colgaba con enfado

el tipo.

Finalizando la conversación que tenía pendiente, el hombre sentado cuelga el teléfono y decide mantenerse mirando a la pared de detrás del escritorio. En ella dos enormes espejos laterales, más altos que él, enmarcaban una oscura pintura con una forma humana repleta de distintos colores brillantes. La notable diferencia cromática hacía que el ojo se enfocase en el centro, en la figura, haciendo que el resto quedase al margen.

Sus ojos centrados en las palabras de las esquinas (Vicio, Victoria, Venganza y Valor) escritas en cursiva, le robaban toda su atención.

Con un giro rápido, el pomo de la puerta deja pasar al individuo que pedía entrar. Es un hombre de más de treinta años, bajo y de etnia vietnamita. Lleva puesto un traje de color negro, con pantalones y zapatos a juego y una corbata roja que desentonaba con toda su vestimenta. Un sobre en la mano le lideraba en su paso hacia el escritorio olvidándose de cerrar la puerta a sus espaldas.

Lo deja sobre la mesa y la voz de su jefe se alza imperante.

- ¡Dalí! – pronunció en voz alta y seriamente el hombre sentado. El trajeado tipo que acababa de entrar se para en seco, cuadrándose en el sitio.

– Cuando entras en esta habitación o en cualquier otra, procura cerrar la puerta. No queremos que nadie se entere de nuestros “business”, ¿verdad? – decía en tono vacilante ahora.

Manteniendo la firmeza, en mitad de la sala, el vietnamita se disculpó agachando la cabeza, en forma de un tipo de disculpa tan ancestral como el origen de su cultura. Sin mediar palabra, giro sobre sus pies y se apresuró en cerrar la puerta, sin dejar pasar la oportunidad de echar una ojeada al exterior, por donde había venido.

Su jefe era un hombre extraño, serio y cómico, emociones que en el negocio donde estaban metidos desde hace años no tenían lugar, o no para el puesto que él ocupaba.

Su forma de vivir la vida no es la que le corresponde llevar como hombre de negocios, metiéndose su propio material y mantener su casa llena de algunos de sus compradores, que día sí y día también, le parecía, a Dalí, un riesgo innecesario.

El pensamiento de Dalí fue breve y cerró la puerta. Al voltearse en dirección a la mesa, el sobre estaba abierto y su jefe, aun de espaldas al escritorio, ladeaba la cabeza en señal de cuando leía el resto de

documentos importantes: aburrido.

-Vaya, vaya, así que la vieja esta con los uniformados, ¿no es así? - dijo el jefe con tono de desdén.

-No lo sé exactamente, Señor- respondió Dalí. -Pero estábamos seguros desde hace unos meses, que tiene contactos con la seguridad vial y local de algunas partes de la isla. Por esa misma razón puede transportar tanta cantidad en tan poco tiempo... nadie para sus transportes. - señalaba mostrando seguridad el vietnamita.

-Bueno... sabiendo esto ahora y con lo que muestran las fotos del sobrecito, me temo que lo de su nieta se nos haya ido de desmadre...-

-Señor, con todo el respeto. - corto Dalí a su jefe en mitad del dialogo - opino que fue error de su nieta al relacionarse con el más estúpido de los que tenemos trabajando. -

Durante el turno de palabra de Dalí, el jefe de la organización se da la vuelta, dejando al descubierto un rostro serio, con los ojos entrecerrados en gesto de desagrado. Debajo de su cabeza, un pecho atlético, bien formado y velludo mostraba los difíciles resultados de unas ya apartadas intensas sesiones de entrenamiento. Unos tatuajes tribales a los laterales del cuello le daban apariencia de un antiguo guerrero maorí, en adicción de su pelo largo que aun colgaba de la parte trasera de la silla.

Su mirada, anclada a los ojos de uno de sus cabecillas en la jerarquía de la organización, se hundía en su pupila, escabulléndose en la oscuridad del único punto negro del ojo congelando el puente entre miradas. Rozaba lo aterrador y la tristeza los ojos de su jefe cuando se ponía serio, algo que Dalí aprendió desde el primer día que lo noto.

- Déjeme a mi encargarme de encontrarla y ...- Dalí no siguió sus palabras al ver a su jefe con la atención en las imágenes que sujetaba, las que estaban dentro del sobre junto a una lista de pedidos y envíos.

- Mmmm... ¿Por qué Elektra?, ¿Por qué tenías que ser su nieta?, ¿No podías ser una chica más de la ciudad, que le gustase leer, ir al cine y hacer asaderos en San José? - balbuceaba a oídos de su subordinado que quedó expectante a las palabras de su superior.

Ya en silencio, una breve sonrisa se fue formando en la boca del jefe sentado, fina y provocante a cada segundo que pasaba. El silencio se rompió al soltar una gran carcajada, estúpida, infantil y de desmedida falta de respeto. El vietnamita se mantuvo perplejo a la espontanea reacción y sin querer se llevó la mano izquierda a la espalda buscando la

empuñadura de un oculto cuchillo.

- ¡Jajajajajaja! Pobre ilusa, pobre ilusa, ¡POBRE ILUSA! - reía a gritos el bipolarizado jefe

- Señor, no creo que...- intentaba informar Dalí recuperando una postura normal, alejando la mano de su puñal.

- Mira vamos a hacer una cosa ¿vale? – apremiaba a la respuesta de Dalí, calmándose. - Quiero que lleves el Toronto del garaje al muchacho de ayer, el que iba a dejar a Elektra y los otros dos, dáselo con las llaves y déjale la basura de la que os encargasteis antes ¿entendido? –

-Pero, Señor Castellón, no será mejor que me encargue de buscar a Elektra y luego... -

-Como vuelvas a interrumpirme...- decía en tono amenazante y lentamente poniendo mucha fuerza en cada palabra. – o a cuestionar alguna orden, echare a los cerdos los restos de tu hermana. -

La cara del vietnamita palideció al escuchar la amenaza. La sangre le hirvió dándole una sensación de presión en el cuello y en los lados de la cabeza. Una ira y enfado le emanaba del vientre intentando descontrolarse por sus dos extremidades para así poder machacar a aquel bastardo, pero su autocontrol y un temperamento forjado por años en el mundo de las mafias de su antiguo país le hizo controlarse y simplemente callarse, manteniendo la misma posición firme.

-Nunca olvides- continuó Castellón. – quien te está pagando y quien te está cuidando. ¿Habrá más quejas o correcciones, Dalí? –

-No señor, nada más. - confirmo el subordinado a duras penas de perder la compostura.

Aprovecho esa recriminación a su respuesta para irse por donde había venido. Esa acción no desagradó a Castellón, en realidad le gustaba la idea de que se fuese callado y a hacer la tarea que le había encomendado.

Así que, con las fotos de nuevo en las manos, el hombre de negocios ilegales, Don Castellón, aprovecharía las siguientes horas, ya que esa misma mañana, antes de que entrase en el estudio, su actual y más reciente exnovia le había formado una batalla campal delante de sus amigos y compradores. Situación que se había solucionado a medias y terminaría pronto.

Con un gesto, se cuadra la espalda, levanta la cabeza forzosamente y comenzó a prepararse para ir a trabajar.

Artemi recoge lo necesario para meterse en la ducha y vestirse: pantalones, calzoncillos, calcetines, la blusa de la empresa, la chaqueta, el móvil y un canuto de la noche anterior, que, de costumbre, lo deja a la mitad para, recién despierto, poder abuchear a sus pensamientos y volverse a un estado consciente-vegetal.

Desnudo, se mira al espejo, como si de un ritual humano se tratase. Que baño no tenía espejo, o que casa no lo tenía.

-Menuda manera de regocijarnos desde por la mañana- dice en voz alta y para sí mismo.

Lo que le muestra su reflejo era a un cuerpo flaco, de metro sesenta, piel blanca y un montón de lunares. Aparte, algunas cicatrices de infancia en la rodilla y los codos, una de estas estaba impresa en el pómulo derecho, con forma de media luna. Esta marca de un breve momento jugando al escondite ponía en su mirada un toque de rudeza, algo que le es característico de siempre.

"No estoy tan mal" se repite para sí mismo "Al menos la cara no me la han tocado en la última fiesta, los cabrones del Norte".

Artemi estaba muy acostumbrado a las fiestas, eso no podía faltar ni en su propio currículum vitae. Era un fiestero por naturaleza, es el tío que ves en mitad de la pista de baile comúnmente, donde nadie se le pudiera arremolinar. Incluso lo mejor que podían hacer cuando él bailase era simplemente mirar. Quedarse viendo como él, su cuerpo, sudado por la hormona de la felicidad, se contorsionaba en pasos desde ridículos a graciosos y en ese "flow" como le decían los que le conocían, achacaba mucha fuerza en sus pasos.

(Menudo desgaste...)

Ese calor que sube y baja entre sus piernas y la punta más alta de su pelo.... esa descarga de felicidad en cada giro de mano-pie, que lo lleva en cuerpo al alarde de sus movimientos hasta una particular sonrisa en la cara.

(...pero como vale la pena. Me iré del mundo si no lo vale ¡JA!)

No le llevaría tiempo a pensar en que estaría, como otras veces... Haciendo el ridículo, formando un círculo y donde el centro es él y las miradas en interrogación y sorpresa lo envolverían en una escena de un musical moderno y entre todas esas personas, apareciera una diosa, como de las de la antigua Grecia.

Hermosa, divina y sensual, la que lo llevaría al clímax de la noche en mitad de una pista un poco más fantasiosa de lo que en los alrededores de Artemi era en realidad.

Sentía satisfacción, placer, regocijo y por supuesto, la sensación de que pertenece a algún lugar en el mundo... aunque solo fuese por unos minutos y se olvidasen instantes después.

En su pasado como en el presente, la rutina comenzaba con una llamada de sus colegas o panas como le gustaba decirles a menudo. En la conversación, Artemi dejaba claro sus tres puntazos, sus tres objetivos de la noche; gozar, bailar y acabar durmiendo del cansancio de los dos objetivos anteriores.

Esto era más que suficiente para él ya que no basta con solo tomárselo en serio, había que tener las herramientas para hacerlo serio y trabajar para poder pagarse un alquiler decente, cuidar de sí y de su hermano y agenciarse alguna herramienta para mantener la noche en su actividad.

(Debería ducharme antes de que no tenga tiempo para llegar tarde al trabajo.)

De forma instintiva, se gira sobre sus pies con los ojos entre cerrados y menos ganas de ducharse que un cerdo, se desnuda completamente y se mete dentro de la bañera acostándose.

Con un pie, levanta el mástil de la llave de agua caliente, con espalda acostada y las manos entre las partes bajas, se deja mojar por el agua.

(Dios, a veces la vida puede ser jodida, que alguien me lo diga.

Pero si estuve decidido a hacer lo de anoche...no, si estuve no, lo ESTUBE, vaya que si estuve decidido.)

Se repetía la misma cosa en su mente.

(A partir de hoy, todo cambiara para ti hermanito, para tu vida, para la nuestra. No es nada egoísta pienso, pero saldremos ganando mucho los

dos.

No más problemas con comer la misma comida durante semanas. No más escondernos del casero y de los vecinos como si fuésemos ladrones. Dejaras de guardarte el dinero de la comida en ese instituto de pijos y estirados para poder comprarte esas telas de cuadros que tanto te gustan pintar.

Comprare para ti todas las que puedas pintar, todas las que tengas tiempo hermanito.

No dudes.

Te mereces y me merezco más de cómo estamos viviendo y si tengo que mentir, esconderme, correr o romper, lo haré. Y Lara me ayudará a conseguírtelo)

Capítulo 2

Capítulo 2 de 6: Últimos Pasos

Un saludo,

un hola-y-adiós y caminar.

No hace falta pararse a charlar como cuicas, ni tampoco hacer como que nos preocupamos por el vecino.

Al igual que yo, ellos solo quieren que no hagamos puto ruido y, de paso, que pague la comunidad del edificio, punto.

Psss. La única diferencia que habría entre ahora y el edificio en ruinas sería el descenso de las ratas y las cucarachas.

Al menos nos libraríamos del moho de nuestras paredes y pulmones de una vez, ostia.

Ahora bien, centrándome un poco...

Tengo que pasar primero por mi café del martes y luego por la lavandería...joder, haber cuando termina este día y me compro la mejor que tengan en la usurera de Media-Tronic Center o como se llame.

Sí. Después de hoy, toda ira a mejor.

No se puede seguir viviendo así.

Tampoco es que Rayco debería de saber lo de hoy, aunque sea el primer y último cumpleaños que no lo pasemos juntos.

El tumulto de gente que esperaba con él en el paso de cebra empezó a moverse, eso devolvió a la realidad a Temi. Comenzaba, un paso tras otro, a caminar entre la multitud de las nueve y media de la mañana, una de las pocas sensaciones que le agradaban de la ciudad.

Aunque no le gustaba mucho lo de contactar o entablar una amistad lo que de verdad le molestaba era el proceso en sí. El creía en las energías que desprende la gente cuando estas delante de ella. De forma intuitiva o natural, eso le sirvió durante su adolescencia y le servía ahora, de forma que cuando creció un poco lo uso para encontrar gente con esas energías que poco convencían, pero que sabía que podrían tener un trabajito bien pagado para él.

Mientras iba mirando su móvil, agarrado entre sus nerviosos dedos, un Galassia Click 7 comprado por internet a un joven indio de Bombay, Temi apresuraba un poco su paso para llegar al trabajo. Iba mirando las noticias por una aplicación de su móvil.

El café para llevar que sostenía, desprendía tanto calor que le metía prisa por tirarlo sobre la cara de su jefa, Roxanna, la "valientehijadeputa" era su nombre en clave...

(Algo "discretito")

...además, si el grupo que creo la canción con su nombre la pudiesen conocer unos minutos, desde lejos por seguridad, seguramente se replantearían y cambiarían el nombre.

Con los datos del móvil en activo decide ponerse a buscar las noticias a través de su navegador web. Deslizando sus dedos pone en el buscador "noticias-actualidad-Gran Canaria" y accede a la región web de la prensa isleña.

Todas las noticias provenían de la zona más poblada de su isla, algunas sobre los ganadores de las murgas y comparsas y la inauguración de una nueva ley, reforma o lo que fuese, en la educación y las becas universitarias, cosa que no le importaba por ahora, ya que tenía su trabajo.

Siguieron pasando las noticias y Temi estaba cada vez más nervioso.

(Mierdamierdamierda

¿Por qué no sale? ijoder! ¿Por queeeeé?

Lo deje todo en su sitio,

¿verdad...?,¿VERDAD?

Ostias, que no he matado a nadie, solo los traslade....

Que esto no salga mal por Dios...)

Se trasladó de espaldas a la vitrina de una tienda de telefonía, su nerviosismo se reflejó con las rodillas temblorosas, manos sudadas y ojos como platos mirando a todas partes.

Pasaron tan solo dos minutos, hasta que de repente, en la pantalla de su móvil nuevo, se anunciara lo que estaba buscando saber, como el perro

busca el palo.

La noticia empezó como "ultima hora". La aparición de unos cuerpos enfrente de un bloque de edificios consternaba esa madrugada a los vecinos de uno de los barrios lindantes a la ciudad. Por lo que se ve víctimas de asfixia, ya que se encontraron con un tono de piel azulado.

El presentador continuó diciendo que nadie se había percatado de nada y que las autoridades locales continuarían con la búsqueda de pruebas ya que de los vecinos no se ha sacado información alguna sobre lo sucedido o de quién había dejado los cuerpos sin vida en ese preciso lugar o porqué.

Con el cuerpo tenso y quieto y la mirada puesta al cien-por-cien en la pantalla, la mente de Temi sintió como la presión que llevaba desde anoche iba desapareciendo. Esto acompañado con su boca haciendo un gesto de media sonrisa. Su mente estallaría pocos segundos después en carcajadas.

(Lo hice. Todo salió bien.... no saben quién lo hizo, nadie me vio, nadie.

Ja...

¡jajá! ¡AJAJAJ! ESTUPIDOS CIEGOS. LLUEVE Y NO SABEN DONDE SE MOJAN.

Ahora sí. ¡AHORA SI QUE ESTOY MAS CERCA DE CONSEGUIR MI DINERO!)

Aún con los auriculares puestos y con la cabeza ahora en gesto de triunfo y desgaste, como el que termina una maratón olímpica en primer puesto, la noticia seguía.

El presentador paso el micrófono, en vivo, a una de las vecinas. Le preguntó, con el poco tacto que se puede tener en una situación tan poco común como esa, que si reconocieron los cuerpos cuando los encontraron, cosa que ella respondía que si con angustia.

Con un temblor en la voz y una pena en su tono, la pobre mujer, ya con muchos años encima, fue nombrándoles: el primero se llamaba "Ayose" Santana, un joven de más de veinte años, rozando la treintena, que no trabajaba y seguía estudiando por las tardes en un colegio de adultos de la zona. Y la segunda era Gaara Torres, la hija de la vecina de la señora que los nombraba.

Al decir su nombre, una emoción recorrió el rostro de la señora y se llevó las manos a la cara. El recuerdo de cómo estaba su cuerpo y en que forma la dejaron le achacó un fuerte impacto frente a las cámaras de televisión. Entonces, el presentador volvió a retomar el foco central de la noticia y

repitió los dos nombres de las víctimas, para terminar, diciendo los números de contacto policial y el de maltrato en pareja.

De repente, a Temi le recorrió por la espalda hasta la nuca un fuerte escalofrío, intenso, congelante, directo, que le hizo ponerse todos los pelos de su espalda de punta. Y un calor tras eso, incómodo, se apoderó de su garganta, cara y bajo vientre.

Algo en las palabras de la mujer no iban bien, o, mejor dicho, faltaban palabras.

Su mente ahora iba despacio, pero sus manos no. Con rapidez, cogió el móvil y dio para atrás la noticia. Quería volver a escuchar las últimas palabras del presentador.

(¿Co-como puede ser?

Yo deje tres, no dos. Eran tres, ostia, eran TRES, segurísimo....

No me puede estar pasando esto... no joder, no.)

Definitivamente no se equivocaba, él había puesto tres, dos mujeres y un hombre. El presentador, repitiendo su discurso, le dejaba claro la aparición de tan solo dos individuos.

Temi, golpeado por un mareo, se dejó llevar por la mala noticia de la mala noticia: había perdido uno de los cadáveres, o, mejor dicho, se había ido y no sabía si era por medio de otros o por su propio pie; sus piernas se desconectaron y su mente solo circulaba en esa idea durante los siguientes minutos, mientras ahora estaba agachado en la vitrina.

Su mente ponía en cola muchas otras ideas, pero la de él mismo, su cuerpo, tirado como los que tiro de madrugada, le hizo erguirse el cuello y poner las manos en la base del mismo. Sentía una especie de asfixia, como si su cuerpo tras la noticia le estuviera estrangulando, culpando, por fallar en un trabajo tan...

(...sencillo como bizarro.

Y tan remunerado como arriesgado.)

Estas últimas frases le acompañarían durante el tiempo que estuviera inmóvil delante de la vitrina.

Rayco se encontraba recogiendo y limpiando aquel espacio que, ahora más a menudo, llamaban "hogar" o "el choso" como decía su hermano mayor.

Le gustaba aprovechar los días en que se quedaba en la casa solo, su hermano no estaría por en medio ensuciándolo todo a su paso, como un huracán que ha arrasado con todas las tiendas de calcetines, comida mexicana y barberías de la zona. Toda esa cantidad de basura se podía concentrar desde el salón, llenando los pasillos y ocupando las habitaciones, tanto la suya propia como la de él.

Era bastante bueno en los quehaceres, limpiaba con intensidad el polvo de los sillones y sillas mientras ponía su música mañanera, música Groove funk en una personalizada lista de reproducción del ordenador. Los altavoces lo acompañaban con un bajo de la buena escuela de Kool & The Gang y The Commoners, mientras se ponía ahora con el estante de dos metros, repletos de libros y por supuesto, polvo, mucho polvo, ya que era el único mueble apoyado en toda la pared de la cristalera.

Mientras limpiaba el quinto estante, ya apoyado con una silla, se percató de que está limpiando las antiguas películas de la infancia de Temi. Es entonces cuando le presta un poco más de atención y decide sacarlas de la estantería y ponerlas todas y cada una de las que iba encontrando en la mesa central.

Después de terminar de limpiar todo el salón, Rayco le presta atención a las películas encontradas.

La filmografía que tenía en esa mesa iba desde los viajes en el tiempo, pasando por unos hermanos ninja americanos, hasta las famosas películas de dinosaurios en el presente. Con mucha seguridad, tenía bastantes horas de películas que podrían gustar a todos los públicos y edades, pero eran las que le gustaba a Temi ya que por alguna razón u otra las seguiría guardando en vez de tirarlas a la basura como había hecho con objetos personales de su padre.

Menos con el álbum de fotos, que en ese momento estaba debajo de la mesa, en la madera de abajo.

Una idea rápida pasó tras los ojos del joven y dispuso las películas en torno al lado izquierdo de la mesa y el álbum, abierto en el lado opuesto. Se iba a permitir unos minutos para sí mismo y saciar su curiosidad.

En ese instante, Rayco, con las caratulas de v/h/s entre las manos y los recuerdos del pasado lejano revoloteando en su cabeza, se deja llevar y

se pierde unos momentos en las imágenes del interior de su mente.

El primer recuerdo que le vino es sobre su padre, un hombre alto y de gran espalda, con pelo corto militar y pocas canas, tenía un carácter bastante agradable para la impresión que podía dar a los demás. Se llamaba Carlos, Carlos Terreira.

La vida de Carlos Terreira no fue para nada cercano a lo cómodo y agradable. Nacido en la misma isla que nacieron sus hijos, Carlos estudio y trabajo para la ciudad misma donde se crio, así conoció a una mujer preciosa tras la caja de un supermercado, Sofía, Sofía Salvador.

Como encontrados por el destino, decidían quedar y pasar tiempo juntos, ambos se divertían de sobremanera con el otro, Sofía luchaba por hacer que apareciera una mueca en gesto de sonrisa en la cara de tío duro de Carlos y este lo hacía difícil, ya que le encantaba los intentos de su compañera.

Pasado los años, ya se conocían, querían y confiaban el uno en el otro y en ese tiempo que bueno era encontrar a alguien que pudiese apartar las ideas de las televisiones sobre política, economía y educación y se centrarse en la felicidad de pareja y en la felicidad familiar. Decidieron casarse pues y pasado un tiempo Sofía daba luz a un bebe sano y de más de cuatro kilos en los meses de agosto, Artemi Terreira.

Todo iría bien los siguientes años posteriores. Un montón de fotos fueron tomadas con cámaras Polaroid para salvar los instantes visuales en instantáneas hechas en segundos de una nueva familia.

Un álbum de recuerdos lleno de momentos tiernos como un camping familiar o serios como la boda de unos amigos, que sería hecho para que el rostro de Sofía pudiese ser visto y recordado, en cualquier gesto de cara posible, por su segundo hijo Rayco.

Éste, tristemente, sería la causa de que su vida se acortarse de forma tan drástica, al dar a luz con demasiadas complicaciones a un segundo hijo.

Con la muerte de su mujer en su segundo parto, la vida dio un vuelco en el corazón de Carlos. La desolación y la tristeza era lo mínimo que podía sentir en esa situación y los primeros meses se los tomaría llorando por las esquinas de toda la casa que habían comprado siete años atrás. Sus paredes, llenas ya con las fotos, objetos y regalos del paso del tiempo juntos se quedarían mojados e impregnados, por mucho tiempo, en una nueva emoción de amargura que lo harían repetir los mismos sentimientos hasta un día que vendió su hogar y empaqueto casi todas las cosas de su amor ya ido guardándolas en una habitación oscura, en la

casa de los padres de ella.

Su primogénito no le iba dando problemas pasado los dos primeros años desde que su madre se fuera, pero criarle a él y a un bebe esta vez solo y con espontanea ayuda de familiares y los pocos amigos que tenía, era difícil. Pero lo intento y dio todo su esfuerzo y empeño en darle a su nueva estructura familiar una gran base en la que apoyarse, luchaba levantándose de madrugada y haciendo cualquier hora extra que no le impidiese ver a su familia.

Y así fue durante los siguientes trece años.

Con momentos felices, aunque banales, como los múltiples almuerzos y cenas con el equipo de futbol de su hijo Temi tras un sábado de partido.

Y con momentos duros como cuando le diagnosticaron un síndrome a Rayco que le afectaba al sistema linfático y circulatorio, haciendo que su sangre corriese por sus venas demasiado rápido y segregase distintas cantidades de linfocitos. Unos pinchazos en los pulmones avisarían de la falta de su medicina para luego subirle la fiebre en cuestión de minutos sino se tomaba el medicamento que, por esos años, seria barato conforme al paso del tiempo.

Pasando las páginas del álbum, Rayco se queda con la vista centrada en la última. En ella estaban las tres últimas fotos mientras su padre vivía, hacía ya más de dos años.

En la parte superior de la página, dos fotos de una acampada que habían hecho en una playa los tres solos y a la aventura, ya que era un miércoles y su propio padre los convencía de no ir a clase por esa vez. En la primera una foto tomada desde la entrada de una caseta de acampada, donde Carlos y Artemi se veían comiendo en platos de plásticos, con tenedores a juego y vaso, un arroz blanco con pollo empanado.

La imagen del bigote de su padre lleno de granitos de arroz y la boca llena de su hermano le saco una sincera sonrisa.

En la segunda, el grupo de los "tres machos" como decía su padre con voz ronca y profunda, característica de él, se ponían de frente con los brazos apoyados entre sus hombros, igual que una foto de equipo de futbol. Sonriendo y con una pierna por delante, dando más sensación de torpeza que de movimiento y en el centro una montaña de conchas de mar que habían ido recogiendo a lo largo y tanto de los días.

Escrito en la base de la foto a bolígrafo rojo, Rayco leyó una frase que dijo ese mismo día su padre, cuando le señalaba el montón de conchas, con sonrisa picaresca, a la pregunta de quién había recogido más cantidad: "Pues, por supuesto que yo. No le digas al diablo que he vuelto, que

vendrá a por mí ¡Jajajaja!"

Con la nostalgia en el cuerpo, el joven se perdió en sí mismo, en sus pensamientos y se dejó llevar hasta el cómodo fuego de los tiempos pasados, cuando las cosas ya han pasado y no puedes cambiar nada de lo bueno ocurrido y lo poco perjudicial a la larga de las malas decisiones.

El sonido estruendoso de los coches, largo y rasgado en el asfalto. Los distintos tonos de voz de la gente que hablaba por sus móviles o entre ellos, casi a gritos, de cómo iban sus distintas existencias en la pacífica rutina del día a día, sin complicarse mucho la vida.

(como hice yo al aceptar los trabajos sucios de otro)

Ese tono de voz donde solo se ocultan problemas con las clases del instituto o los dolores de rodilla por la vejez, de los planes que harían esta tarde o de como fue el último partido del equipo canario y de todas esas conversaciones, la única voz que lo sacó de su trance fue el de un mendigo.

Con tatuajes viejos, de contornos verdes, heridas en ambos brazos, la cara consumida por una barba canosa, por la droga seguramente y una voz que pedía dinero para coger una guagua que hacía tiempo que no existía, Rayco volvía a estar consciente y menos nervioso, pero no calmado.

(Vale. Vale, vale, vale... lo que tengo que hacer es quitarme de encima la media mierda de trabajo de ahora.

Voy, estoy un rato a que me den la pasta de este mes y me las piro con una excusa. A tomar por culo.

Ufff.... necesito algo para tranquilizarme, o me muero antes de que esos tíos lo intenten, mierda.

¿Habrá una farmacia por aquí...? Espera un momento.)

Con soltura, se rebusca en los bolsillos en busca de su pitillera. Necesitaba fumar, pero fumar algo más relajante que un tabaco y más ligero que un Valium. Le importaba más bien poco, con qué cara llegar al trabajo, mientras llegase e hiciese su trabajo de forma normal; dentro de la pitillera, siete tabacos ocultaban tras de sí un canuto de "Juana la loca",

cannabis índico que relajaba hasta los pilares de un edificio, al menos le afectaba a él de esa manera.

Decidió fumárselo en el parque que hay detrás del edificio de donde trabaja. Entre ese edificio y el de atrás, un parque servía de conexión entre ambos donde los árboles eran abundantes, no había parejas caminando por esas horas, estarían más volviendo a sus casas, además de que no permitían perros, era un sitio agradable para estar a solas y despejarse. No sería el primero que se fumaba allí, además, así que era el lugar perfecto.

Cuando llegó sus manos y su mente se pusieron en modo automático, como cuando salía de fiesta, se sacó el tabaco "trucado", como le gustaba decir, y se lo prendió.

Inhaló la primera, segunda y tercera calada demasiado rápido y eso le provocó una tos fuerte que duró unos segundos muy largos para él. Unas lágrimas del esfuerzo asomaron por sus mejillas.

Tras escuchar dos canciones en su móvil mientras fumaba, su canuto se acabó y el efecto le permitió relajarse sentado en uno de los bancos del precioso recinto.

Se secó la cara, donde el sudor de los nervios y las recientes gotas emanadas de sus ojos se entremezclaban, después hecho un ojo a su móvil para apagar el reproductor de música, se percató de que había recibido un mensaje. Un mensaje de Lara.

Lara, su musa de ojos verdes y pelo rizado.

(¿Seguirá mosqueada por lo que pasó?)

La chica con la que tantas veces se había acostado en el pasado desde que había llegado al piso-estudio en Mesa y López, le había enviado un mensaje en el peor momento que podía ser; en él decía lo siguiente: "Te voy a llevar un regalito al trabajo, no te muevas de ahí guapo. Besissssss"

(¿Qué coño?)

La cara de Temi se tornó en un gesto entre sorpresa y asco, como el que acaba de encontrar una bolsa ardiendo en la puerta de su casa que, la pisa y se da cuenta de que hizo lo peor posible, había una mierda dentro

de la bolsa.

(¿Qué estás diciendo de un regalo tu ahora?...

"Besis", "guapo", ¿Qué dice ésta?

No entiendo nada.)

Extrañado por el mensaje, no le da importancia y decide apagar el reproductor y desconectar los datos del móvil por el momento. Necesitaba ahora aparentar serenidad, aguantar las pesadas horas en el trabajo y a su jefa Roxanna, por ende.

Durante esa misma mañana, Lara se encontraba en un lugar muy diferente al de su cama.

Sentía su cuerpo incómodo y entumecido, estando en posición fetal, sin saber cuántas horas. Una sensación de quemazón y dolor en la base de su nuca le empezó a pasar factura.

El suelo donde estaba tirada era como el de una moqueta a cachos y áspera, olía a oxidado y rancio en su espacio, algo que le podría provocar algún pequeño vómito, sino fuera porque su atención estaba en donde estaba ahora mismo.

Sin poder mover ni las manos ni los pies de las posiciones que se encontraban, se percató de que estaba atada de ambas partes y sus nervios subieron conforme comenzó a llorar y llamar por ayuda, donde imploraba a su padre, a sus amigos, a alguien que la sacase durante al menos la siguiente media hora después de despertarse.

"¿Do-donde es-estoy? ¿Me habrán secuestrado?,¿Quién me ha puesto aquí? ¿Querrán hacerme algo? No por favor, no, no, no, no." Esto sería lo que fue preguntándose y repitiéndose hasta que no tuvo más fuerzas para quejarse. Tampoco es que podría moverse, así que se resignó a sufrir en soledad un cautiverio del que no tenía justificación.

Se propuso entonces a recordar sus últimos pasos, las ultimas cosas que había hecho durante esta semana, estos días, estas últimas horas, para poder recordarlo todo adecuadamente. Sus nervios no le apremiaban con sus últimas imágenes antes de caer inconsciente, así que comenzó por lo primero que le vino a la mente: la discusión que tuvo con su padre por la aparición de un test de embarazo en el agua limpia del retrete.

Esa escena había ocurrido hacia cuatro días antes de encontrarse donde estaba ahora, aunque no lo sabía con exactitud. En ella, su padre le gritaba angustiado sobre las precauciones que debía de haber tomado, le recordaba las conversaciones con la ginecóloga y que hasta el mismo tenía condones por si ella los necesitaba, cosa que a ella le ponía de peor humor y le presionaba si no lo estaba lo suficiente.

Con esa imagen y la de ella mandando a su padre a "paseo" ya que decidió por si misma irse de la casa a pensar en otro lugar más sereno, donde los gritos y los achaques a un descuido no la amargasen la existencia.

Llamo a una amiga que ya sabía hasta de quien podría ser ese embarazo no querido y le pidió el favor de quedarse unos días en su casa, cosa que su amiga no le rechazo, hasta le ofreció un cuarto para ella sola durante toda la semana por el momento.

Con maleta en mano y una cara de disgusto, Lara se mete en el ascensor de su bloque y se va. Ya dentro del ascensor, se pone en cuclillas y descarga unas lágrimas sobre sus rodillas. La tensión del momento era malo y realmente penoso, pero no se podía comparar con la idea de traer a alguien a este mundo sin poder cuidarlo, sin ni siquiera poder cuidarse a ella misma por si sola o por sus métodos.

El sonido del motor y los cables del ascensor viejo, que se confundían a veces con el llanto de una vieja máquina, se fundían con los sollozos de una Lara desganada y desmotivada por lo que el mundo tenía que ofrecerle.

El ascensor se para unos pisos más abajo, antes de la salida a la calle. Se abrían las puertas y un Temi cansado y con cara de mal humor entraba con los ojos medios cerrados y la cabeza en la línea del suelo.

Ella rápidamente, se levanta y se pone recta a la puerta, aunque su mirada también se queda fija en el suelo. Ambos se miran en el momento en el que él aprieta el botón al mismo piso que ella apretó pisos arriba y se saludaron secamente con un "buenos días".

Ni ella ni Temi querían hablar mucho con el otro, ni contarse nada, pues habían tenido un problema, o, mejor dicho, ella había tenido un problema con él al acostarse juntos durante unos meses, que ella encontrase un novio después y la jodiese acostándose juntos otra vez, durante una fiesta, hace unas pocas semanas. Esto último no se lo contó a su reciente y todavía novio, un mal tipo, pero que le hacía sentir segura, querida y saciada.

Tras este recuerdo, le viene un mareo repentino y sin remedio alguno, se pone de lado instintivamente y vomita los pocos líquidos que tiene en su

estómago.

Mientras tiemblan sus manos, se intenta apartar los restos de saliva y se percata que lo que le tiene atada son unas bridas de plástico.

En ese preciso instante, por primera vez en su vida, un video que había visto en sus redes sociales le sería posiblemente útil. En esta filmación, se veía como una niña pequeña, guiada por su madre, le va diciendo como poner los brazos y en que parte de la brida había que hacer presión, en un solo gesto la niña hacia caso omiso y rompía la brida como el cuchillo corta el aire. Ella lo intenta, pero no daba resultado, así que decidió dedicarle unos minutos más a recordar el video, total, no iba a ir a ningún lado por ahora.

Mientras recordaba e intentaba hacer lo que hacia la cría del video, ahora odiada por Lara por hacerlo tan fácil ante la cámara, su mente seguía ordenando sus últimos pasos tras salir de la casa de su padre.

Los siguientes días no ocurrió mucho, más que momentos entre su amiga y sus familiares; curiosamente su novio no la había llamado desde hace una semana, pero ella sabía lo ocupado que esta con sus "negocios", así que ya iría ella a verlo en breve.

Una pequeña idea con forma de bombilla se ilumino en la mente en plena oscuridad y Lara se sintió estúpida por no pensarlo antes. Los nervios le jugaban una mala pasada. Su móvil, ¿lo llevaba consigo todavía?

No hubo momento para intentar moverse.

Una luz, grande y plana se abrió sobre todo su cuerpo. Solo podía ver en blanco, ya que el cambio de plena oscuridad le había acostumbrado el ojo y tuvo que pestañear repetidas veces para volver acomodarlo.

En poco menos de dos segundos, una mano sujetaba el hombro izquierdo de Lara, el que no tenía a ras del suelo, y la levantaba con fuerza al exterior.

Capítulo 3

Capítulo 3 de 6: Foto

Me despediría de ti si pudiera tener la oportunidad papa.

Si me hubieras dejado ese momento a mi te hubiera dicho muchas cosas y como me has ayudado a crecer.

Aunque hubiera querido que me ayudases más.

Pienso que quedarnos huérfanos, aún con Artemi ya mayor, nos has hecho ponernos de frente a un futuro que no nos imaginábamos.

He sabido manejar tu pérdida, creo, aunque me vi claramente afectado por el aluvión de sentimientos que nos hiciste pasar, al marcharte.

Ahora siento que mi corazón puede apreciar "mejor" a los demás...no sé si eso tiene sentido, pero bueno. Puede que ese sentimiento de apreciar así, de esta mejor forma, me haga querer cuidar de mi hermano y de nuestro entorno. Querer ser como el que recoge lo que tira el otro, Artemi, no me molesta en absoluto, sé que tú nos hacías las cosas fáciles, hasta cualquier punto.

Puede que incluso... mas a Artemi que a mí.

Pero eso no importa ya. Tu ida es una marca en nuestro interior. Tú te fuiste con una y nos dejaste otra para cada uno, papa.

Yo, por suerte o por desgracia, no haber conocido a mama no me ha dejado ninguna, pues simplemente, me has criado tú y eso es como he crecido. Aunque, aquí el que peor sale parado es el que sopesa la pérdida, el bueno de "Temi" llevara consigo dos marcas grandes como alas en su corazón.

Pero confío en él y nada, ni si quiera tu pérdida, me hará convertirme en algo que no sea apoyo para él.

"La puta vida" como diría mi hermano, ¿no?

...

iJajajaja!

Y con esta breve conversación sobre sí mismo y la ausencia de su padre, Rayco se dispuso a dejar la última película de la mesa en la estantería, con la intención de que, en un futuro cercano, su hermano y él se

sentaran e hicieran un breve tour por las memorias del pasado.

Tras esta acción, se centra en terminar de limpiar la cocina. Fregona en mano y el cubo de limpieza ocupando la esquina de la habitación, donde se veía el vapor del agua caliente y el olor concentrado de limpiasuelos invadía su olfato; el joven se puso a lo suyo sin quejarse.

Limpiaba todo y muy fuertemente entre las juntas del suelo, el tiempo que llevaba haciéndolo se le imprimió en las palmas de las manos, donde unos cuantos cayos hablaban por si solos.

Ayudado por su buena lista de reproducción, Rayco tardo menos de lo que esperaba en limpiarla y también recoger la ropa tendida en la azotea. Mientras estaba allí arriba, en lo alto de su edificio de veinte plantas y ascensor al veinte por ciento de su rendimiento, el chaval con las ropas dentro de un balde de plástico rojo, sujetado en el aire, miró para el frente saludando al nuevo día.

Un "Tooooooma" salió de su boca a toda la potencia que sus pulmones le permitían y unas buenas vibraciones recorrieron su cuerpo. Hay, en ese momento, se le apareció por encima de su cabeza, a unos seiscientos metros desde el nivel del suelo, una avioneta.

Sus alas eran rojas o marrones con pinta de haber salido de alguna película de la Segunda Guerra Mundial, Rayco no estaba seguro a esa distancia, pero tiraba a esa idea. Un cordón estaba atado a su parte trasera donde, con letra gótica y en mayúscula, se promocionaba una tienda de zapatos con descuentos en deportivas, sandalias y algunos complementos en calzado.

A Rayco, se le ocurrió gracias a ese anuncio afortunado, ir a comprarle unas buenas zapatillas a su hermano mayor. Pero no unas cualquiera. Tenía que ser un regalo que lo llevase a tiempos mejores, como en sus películas, así que decidió buscarle unas que fueran de ese mismo estilo.

Del estilo de los años finales de los ochenta y de principios de los noventa.

En otra parte distinta a las alturas donde se encontraba su hermano pequeño, Temi estaba caminando en dirección a la entrada de su trabajo a un paso parecido al "Goofy" de Disney. Una ráfaga de viento se metió

entre los edificios, llegándole por la espalda.

Se le colaba entre la chaqueta y la camisa. Sentía por unos momentos el aspecto hinchado de la ropa en su cuerpo, como le rozaba por debajo de las costillas y dorsales. La sensación, bastante agradable para el día de mierda que iba teniendo, le apago por instantes el incendio de nerviosismo que prendía su alma.

Su movimiento no cesó, poniendo un pie tras otro con la idea en mente de entrar por la puerta principal, Temi decide llegar con una sonrisa, ...

(Y que no se quejen. Que no tengo ni porque reírles las putas gracias a esos chupatintas fetichistas de la organización.)

Dejar su café en la mesa de la entrada de la dirección del local y tomárselo mientras, pasaba los documentos de almacenamiento del mes a su fichero, algo divertido para empezar a distraerse.

Ya en la puerta, sin todavía poner la mano en la reja para levantarla; Temi toma una profunda calada de aire. No tenía intención alguna de entrar e ir preguntando qué tal les iba la semana o como se habían tomado los distintos tipos de partidos en deportes. De la misma forma quería que no le preguntasen, ya que le sería una pérdida de tiempo y no le llevaría a ningún lado.

(Además, precisamente hoy no quiero contestar preguntas, coño.

Qué se supone que les voy a decir, ¿eh?

"Pos mira tronco, pos yo este fin de le hice el trabajo sucio a un protoco-
capo de la droga y ahora hay un cadáver rondando por ahí. ¿Lo superas tronco?)

En la calma que recibió después de esa imagen, en la que él lo decía a su compañero con cara de triunfo y éste se quedaba con la boca abierta, Temi se reincorporaba por la puerta principal a su jornada.

Elektra se encuentra recostada cómodamente en una cama octogonal, dos veces su tamaño desde el centro hasta cualquier extremo. Su cuerpo, tendido en un colchón con la forma de una base de pun-cake, comienza a removerse para los lados en señal de que su sueño traumático se acaba.

En la habitación de la chica había, sentado al lado izquierdo de la cama frente a la mesa de noche, un hombre vestido de mayordomo profesional. Tenía camisa blanca de botones negros, unos guantes de telas blancos y

su país de origen era japonés. Todo el conjunto le daba la misma imagen que la de un chico de compañía de su país de origen, pero en donde se situaba ahora era, más bien, la próxima niñera

Al subir la verja metálica y abrir con la llave la puerta de cristal, se da cuenta de que las luces de dentro están encendidas, pero no hay nadie. Además, era raro. Normalmente, cuando llegaba, que era el primero o el segundo, la verja hacía un ruido estruendoso, que hasta los gatos si estaban quietos a los lados, se les caía el pelo del dichoso ruido a gruta infernal.

Pero esta ocasión, su entrada fue impoluta y discreta. Así que, siguiendo ese ritmo, paso por entre algunas cajas de los suministradores de la tienda, que seguramente Roxanna las había metido todas ahí ella misma la noche anterior, esa mujer estaba cachas. Mas cachas incluso que Temi, o que su marido, un policía Civil de más de cincuenta años.

Menuda pareja, en fin. Los amores ciegos son los más bonitos dicen.

Temi llegó hasta su mesa, al lado de la directiva. La puerta siempre estaba cerrada cuando no estaba Roxanna o el mejor empleado del mes. Dejando las cosas en la mesa, el café, los auriculares y la chaqueta, una luz le choca en el ojo.

Poniendo una mano delante, entre su ojo y la luz, Temi busca de donde procedía. Del despacho de Roxanna, lo que reflejaba en el ojo del "más sonriente trabajador del mes" era la luz de una linterna que chocaba con un reloj plateado, de grandes dimensiones, colgado en la esquina de la silla de la jefa. Esta luz se colaba por un pequeño agujero que había entre la puerta y el bastidor, recuerdo de un mal día de la directiva con unas malas cuentas que no querían salir a la primera, ni a la octava.

Curioso, Temi asoma la cabeza por el agujero. Su ojo trabajo de inspector de la sala observando las figuras romanas en porcelana caídas en la horizontal de la mesa, los documentos repartidos por la misma y ese reloj en la silla, detrás del escritorio principal.

Aun con más curiosidad todavía, entra con mucho recelo, pero lo hace igualmente y le pone cuidado a cada paso que da. Empujó la puerta con una mano y con la otra sujetaba el móvil. Por alguna razón, al ir a dejarlo sobre la mesa tras los auriculares, se lo quedo en la mano cuando la luz le distrajo.

Ahora estaba dentro y Temi podía verlo claro, lo que estaba pasando y menos mal que no hizo ruido.

Tirado, detrás del escritorio de Roxanna, en el espacio que tiene con la silla, un sujetador de grandes dimensiones y unos calzoncillos del "Capitán

América" se fundían en un amasijo de pantalones de trabajo y complementos tirados en la lujuria de un posible adulterio.

Artemi dedujo que los pantalones de Roxanna eran los más grandes, pero los otros, aun siendo más pequeños, eran iguales que los de ella y que los suyos, eran de alguien que trabajaba con él y se estaba cepillando a su jefa....

(Joder, ¿quién tiene ese estomago desde por la mañana?

Mas con esa mujer por Dios... que tiene marido y con pistola seguro.)

Temi no era el mejor para hablar de ese tema, gracias a lo ocurrido con Lara, así que resigno sus burlas a lo feo que tiene que ser hacer ciertas cosas con su jefa "follaempleados". Entonces, volvió a mirar las ropas y tuvo la insensata idea de meter mano en los bolsillos de cada pantalón. Encontró dinero suelto y las llaves del coche de ambos, cosas que notarían mucho si faltasen, salvo un porcentaje del dinero de la cartera de cada uno.

(Cogeré par de euros para poder callarme lo que acabo de descubrir, así podre reponer para la "gasofa" del coche para cuando vaya a ver qué hago con el fallo de esta madrugada....

Puta vida.)

En total, unos veinte tres euros para su bolsillo, respetando siempre dejarles un dinero en la cartera. Pero para él, esa minucia de dinero, era poco y con el móvil en la mano, se miró en el reflejo de la pantalla.

Otra idea, posiblemente peor que la que acaba de realizar, le vino a la mente en retorcida de Temi.

Se puso manos a las obras con el segundo plan improvisado de la mañana, tras el atraco a escondidas a las carteras de sus compañeros de trabajo, y puso su oído a trabajar.

Buscaba escuchar gemidos, sonidos de golpes o algo por el estilo de cuando a los humanos nos da por practicar la reproducción. Nada lleo hasta a él en ese pequeño cuarto, pero tenía que ser cerca. Nadie dejaría su ropa tan lejos un día de trabajo, suponía.

Salió del cuarto e intento de nuevo enfocarse en el sonido. Escuchaba los coches del exterior a la tienda, un pequeño barullo de la gente que pasaba de izquierda a derecha y viceversa y su propia respiración.

Cerro los ojos, para poder enfocarse mejor. Ahora, entre esos sonidos, muy en el fondo, encontró "algo". Ese "algo" sonaba como a unas

pequeñas risas, y se percató instantáneamente de dónde provenía. Estaban en la sala de cargas y descargas, en la parte de atrás de la tienda, seguramente entre las estanterías.

Cámara activada y móvil en mano, Temi fue con pasos cortos hasta la parte trasera de la tienda. No le costó mucho denotar donde estaban "trabajando" su jefa y su mejor empleado, ya que unas risas coquetas y otras graves se mezclaban donde él pensaba, así que se fue acercando hasta la puerta donde, detrás de la misma, se escuchaban esos sonidos.

Con los nervios que le llegaban hasta la nariz, los oídos calientes y los ojos abiertos de par en par, se asegura que la puerta este abierta, o tendría que abrirla con mucho cuidado y con la posibilidad de que los otros también estén más atentos al exterior que a sus jueguitos.

Por suerte, la puerta no estaba cerrada y fue empujándola poco a poco con la esquina superior de su móvil, donde la cámara estaba situada. En la pantalla, una imagen que sacaría carcajadas en programas de la televisión, o en los mismos videos de las redes sociales triunfaría, le lleno los ojos y las pesadillas a Temi.

En ella, se veía a Roxanna con las manos y los pies en el suelo, su cabeza estaba más abajo que la altura de sus hombros. Enfrente de su cara los dedos de los pies de su compañero estaban embadurnados en algo que parecía sirope de chocolate, o eso quería pensar Temi. Las risas provenían de cuando Roxanna lamia entre sus dedos ese sirope, cosa que no podía aguantar ver, así que dio vida a la cámara y comenzó a grabar lo que ocurría entre esos dos.

Estuvo ahí sentado, en la parte derecha de la puerta respaldado por el muro, con la mano tensa sujetando el móvil, al menos unos ocho minutos grabando, necesitaba material para lo que tenía pensado hacer.

Con esto ganaría por partida doble, se iría del trabajo con un buen finiquito legal y un dinero extra de esa mujer forzada.

Se apartó con extrema cautela tras conseguir su video y decidió hacer como que llegaba de nuevo al trabajo para no levantar sospechas. Entraría de nuevo, con todo puesto encima otra vez y diría algunas palabras en alto para que los otros dos, con sus culos al aire libre y los nervios de que los pillen en los talones, se puedan vestir y hacer como si hubieran estado esperando a empezar a trabajar.

Recogió sus cosas de su mesa otra vez y volvió dentro de la sala de la directiva. Esta vez no remedio en culpas y se agencio el reloj de su compañero. Lo guardo con descuido en uno de los bolsillos de la mochila que llevaba para trabajar y lo cerró. Lo podría vender a buen precio por internet, o si no se lo quedaría para darlo como un regalo a alguien, algún

día, de algún año. Seguramente.

Con el tabaco en la mano, Temi sale de la tienda y se vuelve en dirección a la esquina derecha de su edificio, en ella había un banco para los que esperaban la guagua y se fumaría el tabaquito tranquilo mientras daba par de minutos a que siguieran disfrutando aquellos cerdos que trabajaban con él.

No se percató, pero mientras andaba al banco encendiéndose el tabaco, un coche, un Torino Gris del ochenta y siete, le iba siguiendo en perpendicular, ocupándose el estacionamiento delantero de la parada de bus. Temi no se percató, así que se sentó en el banco a la vez que ese coche se paró delante de él.

Con la mirada puesta en el suelo, dejó su mente en blanco y una fuerte calada de su tabaco le golpeaba en el pecho, para después ser expulsada con toda una exhalación de estrés en su humo. Como disfrutaba de fumar ese pobre chico.

Una mano dando chasquidos se pone en la dirección de su vista. Siguió la manga de la mano que le hacía las señales, era una mano negra, grande y con bastantes callos a su alrededor, parecía la de un luchador de MMA. Un bíceps casi tan grande como su muslo dejaba pasar a sus ojos unos hombros y un cuello de algún tipo de gladiador africano moderno, con gafas de sol negras a juego.

Solo una corbata celeste desentonaba en su traje y unos zapatos tan caros como impolutos, daban a ese hombre una apariencia entre respetable y apabullante. Ese mismo tío le estaba intentando captar la atención y Temi se quedó en blanco al verle, no sabía cómo reaccionar o que decir, así que esperó a que ese hombre-bestia sacado de las competiciones culturistas hablase primero.

Con los ojos vendados por una tela que dejaba pasar breves trazos de luz, Lara fue sacada de su cautiverio, estuvo encerrada en una caja grande o en el maletero de un coche por lo que pudo entender al tener que salir poniendo primero un pie y luego el otro. El brazo que la saco, la seguía agarrando y con mucha fuerza.

Lara no pudo soltar palabra alguna, ya que desde el primer momento que intento abrir la boca, una palmada en la cara con una fuerza excesiva le zarandeó la cabeza. Así que, viendo cómo iba el asunto y con miedo por como su vida iba a ir desde ese momento, se dejó arrastrar por el brazo que la sujetaba y no diría nada para que la golpearan otra vez hasta poder

ver quien la estaba reteniendo.

El miedo la llevaba por un patio amplio, en el exterior de una casa terrera, donde dos pequeños arboles unían sus copas en puntos opuestos del lugar, bordeados por setos y arbustos florales. Los aromas que le venían, en su nariz hinchada por el golpe, le podrían distraer, hasta agradar, si la situación no fuera la que era.

No había voz alguna del brazo que la tiraba y eso metía más miedo al asunto en la mente de Lara. El miedo era tanto por saber que no estaba donde quería como en no saber quién la tenía, quien la estaba tocando y que le iban a hacer.

Su mente estaba luchando por seguir razonando como lo estaba haciendo y no desmoronarse. No es que ella fuese el tipo de persona que luchaba hasta el final en todo, ni mucho menos, pero tenía un carácter duro, resistente y poco amedrentado. Esto venia de la vida que tenía con su padre, un ferretero, militar retirado, con problemas con el alcohol y separado.

El tiempo de espera para volver a ver acabó unos metros avanzados desde donde recibió el golpe.

El brazo la obligo a sentarse en una silla en mitad del espaciado patio, con las puntas de los dos árboles tocándose encima de su cabeza. El sol ahora le daba en la coronilla y sus manos estaban a su espalda, atadas ahora a las patas de la silla, al igual que sus pies.

Alguien le aparto de su vista la tela de sus ojos y una Lara, hinchándosele la cara, con un gesto de animal herido en el rostro, con muchos rastros de lágrimas en las mejillas que llegaban hasta la parte baja de su fina mandíbula y con las pestañas entre cerradas por el nuevo enfoque al natural, se quedó perpleja por lo que tenía enfrente de ella.

A su lado izquierdo, más cerca de ella, la mano que le quito las vendas y que seguramente la llevo hasta ahí y le golpeo, cobró forma y era en la apariencia de un vietnamita del mismo tamaño que ella, incluso puede que un poco más bajo. Tenía un traje totalmente negro, con unos zapatos tan limpios que brillaban y reflejaban hasta la forma esférica del sol en su lengüeta.

Entre tanto color negro, una corbata carmesí asomaba en su pecho, compartía tanta intensidad entre los colores que conformaban su ropa, como su cara y sus ojos, unos ojos que la miraban directamente a la pupila, calmados, relajados y sin palpitación o movimiento alguno.

Parecían los ojos de un muerto.

En mitad de su visión, enfrente de ella, había otro hombre, un hombre de etnia negra, vestido de la misma forma pulcra que el vietnamita, pero este tenía una corbata celeste y las mangas de la camisa remangadas. A su derecha, había una pequeña mesa metálica con ruedas. Encima de la misma, una botella de agua asomaba imperante a sus ojos, deseosos de un sorbo pequeño, ínfimo, pero un sorbo, aunque fuese.

Lara entonces, comenzó a hablar.

- ¿Podría pedir un...- intento decir Lara, antes de que un puñetazo directo le impactase en el pómulo izquierdo?

Los gritos de dolor comenzaron a emanar de la garganta de Lara. Dolida, asustada y sin comprender que pasaba, empezó a zarandearse de un lado a otro con toda la fuerza y energía que le quedaban. Esto duro menos de un minuto, el vietnamita lo paro de raíz al poner una bola de plástico, con dos gomas a los laterales, en la boca de Lara.

Ya no podía gritar, así que abrió bien los ojos de forma instintiva, intentando implorar a la humanidad de aquellos dos hombres trajeados. Pero, lo que Lara no sabía, es que aquellos hombres eran pagados, en parte, para no tener esas trazas de humanidad que hacían a los humanos débiles en momentos de conflictividad o por intereses.

Pagados por el mejor postor, aquellos hombres comenzaron su pequeño trabajo con la última chica que daba problemas a su jefe, Castellón, el novio del que Lara esperaba una llamadita desde hace una semana.

En ese momento tan crítico, le golpeo en la mente la imagen de como cayo inconsciente y como se había metido en todo ese lio, por solo decir la verdad, de forma tan directa y sin trabas a "Castellón".

Recordó que el día anterior a su cautiverio, ya había pasado unas noches en casa de su amiga y decidió ir a la hora de comer a casa de su novio. Era una enorme casa terrera, de tres pisos, con madera en tabiques, suelo y escaleras. Una preciosidad de casa rustica en la cercanía de la ciudad. Mientras llegaba había recibido un mensaje, de copia y pega, de Temi, en donde le invitaba a una fiesta que se realizaba en la playa.

Con desganas, Lara apagaba el móvil y tocaba en la puerta de la casa de su chorbo. Tras tocar y esperar un poco, una mujer le abría la puerta. Su rostro era el perfecto ejemplo de cómo se quedaba la cara de alguien cuando estaba en un subidón y se acordaba de sus responsabilidades, de asco. Le pregunto por Castellón y ella le indico en que parte de la casa

estaba.

Era común que su casa estuviese repleta de gente entre semana y vacía los fines de semana, ya que la fiesta siempre estaba presente mientras él estuviera en cualquier lugar. Su dinero le respaldaba y sus negocios no eran para involucrarse cualquiera, pero de esa parte de su vida, ella pasó darle atención, ya que estaba engatusada con los múltiples regalos y escapadas a hoteles caros de la isla.

Camino entonces en su búsqueda, para pedirle que, si quería comer con ella, charlar y que le contase que le había pasado con su padre. Seguro que él lo solucionaba todo. Además de contarle la mala noticia del embarazo, para saber si él podía también ayudarla en eso, aunque se sentía que la responsabilidad era totalmente suya, pues la culpa de haberse acostado con Temi y estar con él a la vez, le ponían una interrogación a la cuestión de quien podría ser parte de ese embrión que comenzaba a gestar.

Para su sorpresa, la sala en la que estaba Castellón estaba en calma para lo que ella esperaba. Tres pequeños grupos de entre cuatro a ocho personas cada uno se ocupaban la habitación. Estaban sentados en círculos, cercanos a las paredes y con numerosos sofás y almohadas arremolinadas por el suelo.

En el fondo de la habitación, sentado en un sillón rojo vino y besándose con lo que parecía otra chica, una mulata con el pelo afro, Castellón disfrutaba de su multitudinaria compañía, tanto masculina como femenina.

No se creía lo que estaba viendo, así que le pregunto desde ese mismo sitio donde se quedaba de pie, observando, que qué estaba ocurriendo ahí y porqué se había besado con la otra.

La gran espalda desnuda de Castellón se levantó del sofá, en ella las imágenes de payasos y calaveras con distintas sonrisas o taladradas por cuchillos y serpientes eran para todo tipo de gusto y colores. Al girar y sin mediar tiempo alguno, Castellón coge de la mandíbula a la mulata y mientras le comía la boca de nuevo, esta vez de pie y con todos mirando, le señalaba con el dedo corazón a Lara, en señal de la poca impresión a su presencia para él.

Eso le dejo las cosas bastante claras a la joven chica de ojos verdes.

Lara estallo en ese instante en cólera, cogiendo lámparas, figuritas decorativas y todo lo que pillase contra el tío más poderoso de la zona Noreste de la isla y a la vez, el más repugnante tío que ha tenido la

decencia de llamarle novia.

Con esa mala reacción encaminando sus acciones, Lara le insulta con todo tipo de ideas, palabras y tonos despectivos posibles. Mientras tanto Castellón solo se encargaba de esquivar los objetos que le lanzaba, manteniendo siempre una sonrisa con ese bigotillo de empresario en Marbella de los años noventa.

Ya sin nada más que poder tirarle, y las miradas de los diferentes yonquis, consumidores o como se auto llamasen esa escoria de drogadictos, Lara da la vuelta sobre sus pies y aun con la cara mirando a ese mal-bicho, le dice que se ha quedado embarazada y aún más, que lo iba a tener. Le decía que se preparase para empezar a pagarle a ella todos los meses, y que no se le ocurra acercarse más nunca a ella ni al bebe cuando lo tuviese.

Esas últimas palabras dispararon un pistón en la cabeza del Castellón, y sin mediar palabra, solo con un gesto, sus dos trabajadores favoritos, la cogieron antes de la salida, la dejaron inconsciente y la encerraron en el maletero de uno de sus múltiples coches, al lado del garaje del patio, para que se pasase unas horas allí, hasta saber que iba a hacer con ella, tras terminar con su pequeña reunión de consumidores.

Capítulo 4

Capítulo 4 de 6: "De Gil"

(¿Qué colores querría Artemi en las zapatillas?)

¿Blanco-grises y azules, con tonos naranjas y cremallera de plástico blanco? No, muy estereotipado o "mainstream" como dicen por internet. ¿Qué tal unas que sean de este estilo moderno, con luces activables en los talones y diferentes colores?...

No, demasiado infantil para él, supongo.

Mmmm.... No se ya que tipo de zapatillas pillarles. Menudo inútil.

Esto de elegirle el regalo a alguien no me lo enseñó muy bien la tía "Mary". Siempre yendo de tienda en tienda las primeras semanas de enero, atacados por las masas de las rebajas y sus hordas de clientela, saliendo despavoridos entre amasijos de ropa en las manos y algunas hasta enredadas al cuello.

Que buen recuerdo.

Deseo volver a ir de tiendas con ella. Uno se lo pasa bien con tanta gente alborotada a su alrededor, como en los videos de conciertos de metaleros y "jebatas" donde ponían un hueco en mitad del público y, al son de la primera nota musical, se chocasen en dos olas de cuerpos sin camisa o con alguna oscura. Al menos, la gente aquí mantiene, en la medida de lo posible, las normas de vestir normales.

Imagino que la mayoría irán por los bajos precios, pero ir por un regalo es diferente. Es como querer dar algo a esa persona que no es como cualquiera que te cruzas en la calle. Es esperar con ansia a que llegue, una semana, un mes, o como yo que espere al mismo día; a darle ese algo.

Vale, es un producto comercial y puede que incluso su precio, en algunas fechas, subía por la cantidad de demanda de la gente, o yo que sé.

Pero si de algo estoy seguro, es que vale la pena el tiempo que uno pasa mirando cuánto cuesta la camisa, cuanto sale reservar en un restaurante, o cuánto tiempo quieres pasar en una discoteca reservada. Si lo hago, como mínimo, como se lo piensa mi hermano con los regalos que me hace creo que le encontrare unos buenos zapatos.

....

¡Como ESOS !)

Llevando la mano a una zapatilla negra, con tonos rojos en los bordes de la lengüeta y el nombre de la marca de las zonas interiores, con unos cordones plateados, muy golosos a los ojos, Rayco se agacha para cogerlos, eran curiosos.

Con la vista puesta en el ticket del precio, Rayco se engancha en la idea de que le podría pagar dos noches con los amigos a su hermano en la zona sur que pensaba antes.

Zapatilla en mano y su cartera en la otra, Rayco decide no cambiar su idea principal: le compraría las mejores zapatillas con el dinero que tenía y no se hablase más.

Desde ese momento, pone sentido y dirección a su mente y comienza la vuelta a la casa, tras haber comprado esas, más caras que guapas, zapatillas negras.

La rutina era siempre la misma desde el instante que salió del Centro Comercial de Guanarteme, su favorito con diferencia. Iría en dirección a la panadería-pastelería de La Canelita, compraría dos panes de leña, dos croissants, doscientos gramos de queso y jamón cocido y una tarta helada para acompañar el postre del cumpleaños en su casa.

Tenía prisa al pagar y se le cayó la cartera y unas bolsas, su intención de llegar a casa en menos tiempo no podría ser, pero se había tomado más de dos horas en buscar el regalo adecuado y "perfecto" de Temi, así que aguantarse le tocaba.

Recogió las bolsas con toda la calma del mundo, no había nadie en el instante que había entrado en la tienda.

En menos de un segundo, al darse cuenta de que la cartera estaba en sus narices, una mano con guantes negros de seda le servía de cama. Con soltura, ojos entrecerrados bajo unas cejas finas y castañas, una buena cantidad de primaveras encima y un traje, camisa, falda y sombrero verdes, la señora De Gil le devolvía su cartera al joven.

-Mira a ver mi niño. Que se te ha caído esto- dijo la señora "De Gil" con un gesto cálido en los mofletes arrugados y su mirada todavía achinada.

Rayco cogió su cartera y de seguido escuchaba a la señora agradable, que, aunque no la conocía de nada, le parecía simpática. Tanto color

verde le daba una imagen cómica.

- No creo que te gustaría perderlo- continuó y ahora cambio la cara a un gesto de tristeza, con ojos abiertos pero fijos ahora los pies del chico - ¿sabes que a mí me robaron la semana pasada? Unos niños de los que se ponen enfrente de los restaurantes de comida rápida, al verme pasar sola, me siguió y espero a que estuviera metiendo la llave en la puerta para robarme las bolsas a la espalda. -

Los ojos de Rayco no sabían a donde mirar. Su mano derecha estaba detrás de su cabeza, haciendo un gesto de arriba abajo como para aparentar estar inmerso en la conversación. Su prisa no le daba el lujo a la señora para que le diese más atención a su, en realidad, preocupante situación.

Se dispuso entonces a sacar unas monedas de la parte trasera de la cartera, sin abrirla completamente e irse a su casa. Tenía que dejar el contenido de las bolsas y el regalo listos para cuando llegase Temi, a eso de las dos y media, como de costumbre.

Sin previo aviso, la señora De Gil golpea, como el que quita una mosca, la cabeza del joven que le estaba dando las espaldas. Rayco se gira, esta vez con una pequeña muestra de desagrado en su cara y unas bolsas muy cargadas en las manos.

-Escúchame lo que te digo- le dijo la señora, ahora con un tono imperante, como el que ha estado en una casa con mayordomos y criadas.

La mano envuelta en tela negra se le ponía en señal de "stop" frente el cuerpo de Rayco y éste se quedó, simplemente, de pie con las bolsas en el aire.

- Me podrías acompañar hasta mi casa. Si quieres primero dejas esas bolsas, pero si puedes hacerme ese pequeño favor, te lo agradecería un montón hijo. - dijo con el mismo tono vigente, pero con una mirada que la acompañaba a juego.

Rayco se encontraba ahora, con una decisión de índole social, nada personal, donde era observado por quien le pedía ayuda y una dependienta de hostelería. No tenía idea de donde podría vivir esa señora, pero seguro que alguien de su edad no se movería mucho a pie. Eso era un punto a su favor, además de que le dio la opción de dejar las bolsas primero y la maldita dependienta estaba empezando a cambiar su cara neutral a una de posible disgusto, como si le empezase a juzgar por pensarse algo que para cualquier otro sería un "por supuesto, señora" o

por el estilo.

Así que, o por convencionalismos sociales, o por mera desgana de seguir la conversación, un Rayco cansado ya de sujetar las bolsas eligió el lado de la señora De Gil. La acompañaría y dejaría sus bolsas antes, punto y pa'lante.

Caminando juntos por la calle, el joven y la señora pusieron rumbo a casa del primero, lugar que no estaba muy lejos, pero tampoco muy cerca. Tardaron sobre un cuarto de hora en llegar, las distintas paradas de la señora, la lentitud con la que caminaba ella de por sí y la pesada carga endemoniada que llevaba Rayco le obligaba a dejar respirar sus dedos, por donde su circulación pasaba a ratos.

Al llegar al bloque de edificios de la casa, la señora De Gil quería ir a orinar, así que se pusieron enfrente de la puerta de la roñosa caja elevadora y apretó el oxidado y pintado botón que lo llamaba.

Abriéndose de par en par las puertas, el padre de Lara torno su mano en forma de pasador y cruzo de forma lateral a toda prisa. Por suerte para ambos, Rayco y la señora De Gil estaban a los lados y solo vieron a un hombre con una camisa que ponía a su espalda "Ferreterías y Materiales de Construcción Lakón" verde y blanca desaparecía por la puerta por donde ellos acaban de pasar.

Su rostro lo pudo ver a duras penas, pero reconoció verle con la misma cara con la que su hermano salía los lunes al trabajo, con cara de tener mucha prisa o de que te estás jugando el trabajo.

(¿Qué cojones pasa ahora?, ¿Qué coño hacen ellos aquí? En mi trabajo, en mi cara, esto se está pasando de castaño oscuro.)

Enfrente de Temi, la figura oscura, en varios aspectos, había salido del asiento del copiloto del gran coche plano y gris que tenía enfrente.

Mantén una sonrisa bien larga y con una boca llena de dientes más grandes que la pantalla de móvil que tenía en su bolsillo. Estaba chasqueando los dedos para llamarle la atención y esto a Temi no le sentaba como menos, como una señal amistosa.

Mientras ese hombre se mantenía de pie con la fuerza de una estatua griega en mitad de la acera, él se levantó del banco con una sensación de

ira naciéndole del estómago y, con fuerza y puntería, lanzo la punta de su tabaco, aún encendido, a los limpios zapatos de aquel tipo.

La mano tendida pasó a meterse en el bolsillo de la chaqueta y su sonrisa se ocultó tras su boca ancha dándole ahora, a la impresión de su cara, una transmisión de decepción. Se puso entonces a rebuscar y mover la mano en el interior hasta que paró. Sacó, a la distancia que se encontraba Temi, algo parecido a una llave y la puso sobre el techo del coche.

A paso acelerado y con la idea de encararse con ese "mierdecilla" sacado de las películas de acción de los ochenta, el arrebató de Temi le controló y creía que tener la misma altura y sus años en el gimnasio de "King-boxing Tito" le daban ventaja frente a un golpe directo.

Si pego primero, seguro que se come otra ese mamón...

Y si vino con el otro, lo "finalizó" rápido con una llave al brazo y a por él. ¿Qué se cree este?

¿Qué no me voy a acordar de cómo me trato cuando les vi metiendo esa droga en uno de los cuerpos? Gilipollecés nada más.

Si eres despistado con como haces tu trabajo, hay errores...

Pero si te crees que me voy a resignar a que tu jefe me quite de en medio tan fácilmente, la tiene clara "miniño".

Y con ese pensamiento en la cabeza, Temi acertaba la distancia entre él y aquel hombre. Estaba a menos de diez pasos, cuando ese tipo sacó las manos de los bolsillos.

Su mano izquierda no tenía nada en el momento en el que el enfurecido chico estaba ya a un metro de su obstáculo, pero la derecha la comprobó en sus propias carnes, el estómago de Temi, de donde salía tanta ira.

No se percató del movimiento rápido de aquel grandullón de grandes bíceps y, por lo que se veía, con una gran velocidad de pies. Cuando había alcanzado el último paso, el último medio metro en donde la idea de cogerle por su brazo, enroscarse en él para obligarle con el peso a tirarse al suelo y sufrir una grave luxación de codo sonaba a rápido y efectivo, el puño del segundo guardaespaldas de "Castellón", con los cuatro anillos de grandes dimensiones y macizos puestos en sus dedos, le explotó en toda la boca del estómago como si le hubieran golpeado con una bola de demolición.

El aliento se cortó en un momento, solo un segundo.

(¿Q-qué...?)

La mirada se encendió admirando el suelo de la acera, con la boca abierta y un entumecimiento en la totalidad de su vientre y estómago. Un brazo le agarraba por la espalda de su chaqueta y lo lanzó, con precisión y con una fuerza que hizo temblar varias veces, contra el coche.

Su cuerpo seguía impactado por el dolor, así que, por mala suerte, no pudo contratacar de ninguna manera, directamente, no podía hacer nada de ninguna manera que no fuera dejarse llevar por aquel ninja negro. El compacto antebrazo de aquel tipo le apretaba contra el coche puesto en su garganta.

El ambiente a su alrededor no era el que él esperaba. Una pareja de viejas, que habían llegado el mismo momento que Temi, estaban ahora impactadas por la escena y comenzaron a levantarse para correr. Un grupo de chicos del barrio pasaban por la calle de enfrente y estaban parados la mayoría enfrente de ellos y otros dos por un lado con cámara en mano, gravando la penosa escena.

Aún con las gafas puestas y los labios sin temblarle una pisca, el guardaespaldas se quita las gafas mientras mantiene la mirada fija en los ojos semiconscientes de Temi.

-Coge las llaves...- dijo de repente el guardaespaldas de corbata celeste mientras las cogía en la mano, frente a los ojos de él. -... y lee la nota que te ha puesto nuestro jefe. Está en el volante. -

Fueron las últimas palabras que le dijo antes de soltarle y que su cuerpo se sentara a los pies del coche, al lado del asiento del copiloto.

Las llaves se las había tirado entre los pies con gesto de repugnancia.

Por el otro lado, el asiento del piloto se abre y deja ver a un hombre de etnia asiática saliendo. Con ropa a juego él y el grandullón de la corbata celeste, tenía por el contrario una corbata roja, carmesí; se acercó a uno de los chavales que estaban con sus móviles grabando. Con un gesto que pareció que le estaba dando dos billetes de cincuenta euros al dueño del teléfono, el de corbata roja agarro el aparato de la mano de su dueño. Éste por el contrario tenía los billetes en la otra.

Con un gesto rápido, tira el móvil al suelo de la carretera con fuerza, donde se encontraba cortando un tráfico inexistente. Comenzó a pisarlo y no paro hasta que la propia batería del móvil se escuchase desinflándose como un globo. El niño se queda impresionado por la situación y no puede evitar decirle algunos insultos referidos a su etnia; palabras que no le

presta atención alguna.

Su compañero seguía con el joven, tirado todavía a pies del coche, con las piernas abiertas y los ojos clavados en su vencedor.

(Suerte, solo eso. Suerte y una buena posición y no pasaría esto. Por dios, que no acabe todo aquí.

¿Y qué coño pasa con las llaves y la nota? ¿qué dices?

Ojalá te explote todo el cuerpo bastardo de mastodonte.)

Entonces, sin mediar ninguna palabra más, sin ninguna señal, ni un sonido, los dos tipos, protectores de Castellón y de sus intereses, se fueron por la misma dirección, perdiéndose en la esquina de la calle donde no fueron ni seguidos ni cuestionados por las actividades que acaban de realizar.

Buscando la forma de reincorporarse, un Temi que mejoraba su respiración y estabilidad por momentos se levantaba forzando sus piernas y apoyando la espalda contra el coche. Le estaba dando las condolencias al café de esta mañana, pero el golpe le hizo, echar un poco del mismo al lado de la rueda.

Indignado por lo que acababa de pasar, por cómo le humillo esa bestia con forma de armario de dos puertas y por cómo no pudo defenderse en el momento, Temi se tomó un respiro y decidió apoyar la cabeza y sus manos sobre el techo del coche, ahora suyo.

Pero su mente estaba tocada por lo que está ocurriendo en las pocas horas que llevaba despierto y comenzaba a perder nociones de razón. Tenía las llaves en las manos, junto a su cabeza, se ponía a mirarlas y poco a poco, comenzó una breve alegría, aunque momentánea, a fluir por su cuerpo. Tenía un coche nuevo.

(Y si esa cabra loca de Castellón y sus cabritillos creen que pueden recuperarlo, nos vamos a echar unas risas todos juntos.

iJA! y iJA!)

Acecho por el cristal el asiento del conductor, tenía el asiento personalizado, parecía cómodo desde esa perspectiva y seguro que lo era, así que con las llaves jugando entre sus dedos no repudio la idea de leer la nota que estaba en el volante, según le había dicho el grandullón. Se puso en posición y entro, el ambiente dentro del coche cambiaba la perspectiva en su mente, de cómo estaban yendo las cosas, como si fuera una recompensa por lo fatal que le fue con la "pelea" contra ese tío. Frente a él, el volante original del carro, sin retocar y bien cuidado, con un

sobre pegado al claxon.

Dentro había una nota escrita con letras recortadas con periódicos.

(Esto es como en las series de detectives, cuando el malo para no dejar las huellas hace cartas así.

No eres tan estúpido por lo que se ve. ¿eh?)

Las letras estaban puestas en líneas desiguales, pero se podía entender el mensaje. Decía: "Te he dejado dos notitas, una está en el maletero, encima de lo que tienes que solucionar"

(Esto se pone interesante entonces. Vamos a ver que quiere este macarrilla.)

No sabía o no podía entender por qué, pero Temi empezaba a sentirse que se estaba metiendo en algo más grave, en algo peor de lo que hasta ahora había tenido que hacer. El hecho de que lo dejaran con vida tras haber sido el último, relacionado con el trabajo, en tocar los cuerpos le choco en el cerebro como una campana de iglesia medieval y no pudo respirar con normalidad ahí sentado.

Los nervios le empezaron a comer por dentro y se desmorono. Con las ventanas cerradas, los gritos de Temi, con las venas del cuello hinchadas y la cara enrojecida, hacían un sonido sordo desde el exterior y las manos golpeaban todas las partes de la cabina. Desde fuera el gran Torino Gris se movía para los lados embravecido por las abatidas de su interior. La imagen impacto tanto al grupo de chicos que todavía estaban por ahí que se largaron sin pausa alguna, por temor a que el "loco" de su interior, como pensaban, saliese y la tomara con ellos.

A mano alzada, Rayco escogía entre los distintos té de la señora De Gil, una sarta de distintos sabores y variedades del mundo de la teína, desde un té rojo, "buenísimo para quitar grasa y bajar de peso", según la experta de doña De Gil, hasta el famoso Té Azul Oólong, que servía para todo un poco y en buena intensidad y cantidades, saludable.

Tenía té de todas las regiones por lo que se podía intuir al ver que en las tres estanterías de metro de largo se encontraban llenas hasta los topes. Se repartía, entre las estanterías y por ese orden de abajo a arriba las cajas, algunas bolsas individuales y frascos con el té en su interior. Estos

últimos en la cúspide, tenían unos rectangulares papeles con notas pequeñas en las esquinas y su nombre en grande ocupando el centro de la imagen.

La mano de Rayco ya estaba señalando el té que quería, que le había llamado más el deseo de probar, el nombre que tenía en la etiqueta era "Roció de Jarabe".

La cara de vieja De Gil hizo un signo de sorpresa.

-Mmmm...Así que te gustaría probar... ¿ese? No quieres seguro otro- dijo la vieja mientras le miraba con un solo ojo abierto.

-Si no es molestia señora. Es su casa y aquí se bebe lo que usted me ofrezca. - decía Rayco en tono de respeto, manteniendo la norma de que, en la casa de otra persona, no se pide sino te ofrecen, cortesía que le faltaba su hermano.

- Vale, pos ese entonces. - dijo De Gil, su tono de voz era rasposa.

Su mano se extendió entonces hacia el pequeño paraguas transparente que tenía al lado de la mesa. Su tamaño era el más de la mitad que el de su dueña y ésta al sujetarlo parecía aún más grande, a Rayco le resulto gracioso y no soporto soltar una pequeña carcajada.

La señora De Gil, por su parte, no se percató de la breve mofa inocente de su invitado y con la punta superior del paraguas entre las manos, empuja en caída libre el tarro seleccionado por el joven.

Para su edad, la señora De Gil mantenía unos reflejos que solo se creía posible en la imaginación, o en los programas de talentos de la televisión. La carcajada se transformó en un "Ooooh" en la boca de Rayco y la vieja, con el tarro en la mano y en posición de victoria como el que derrota a un dragón legendario en los libros de fantasía, no evita pavonearse en sus narices.

-Impresionante, lo sé. Llevo muchos años moviéndome por las zonas asiáticas. He estado en Beijing, en China, unos dos años por mis asuntos familiares. También en el distrito de Okinawa por dos años, en Japón. - Mientras lo decía, la vieja se ponía a rodear la mesa de su cocina buscando el lugar adecuado para preparar el Té.

Mantenía un ritual cuando preparaba un té de las tarrinas transparentes, recurso sacado de la cultura en donde vivió por un tiempo antes de volver a su isla natal como una triunfadora.

Cuando vivía en Okinawa, la señora De Gil, treinta y seis años más joven, se impregno de la cultura nipón, tanto que se casó con un empresario de

calzado y pantalones vaqueros falsos. La boda fue de las más controvertidas en las revistas de "sociedad y gente" de la zona, esto fue debido a los altercados provocados por el infortunado encuentro con un grupo de la yakuza local, en el mismo restaurante donde estaban celebrando su banquete de bodas. El resultado de ese día fueron dieciocho invitados y dos yakuza heridos, cuatro detenidos y un muerto de la banda japonesa. Entre los detenidos, una señorita De Gil estaba sentada, con la mirada al techo de su celda compartida, con el cuerpo sentado en un banco de plástico y el vestido de novia sucio y roto.

Tras ese breve inciso en la mente de De Gil, la mano del joven estaba posándose en su hombro derecho, intentaba averiguar por qué no le respondía. Él estaba moviendo la boca, pero no le llegaba ningún sonido, así que se enfocó de nuevo en la realidad y dejó la mayor experiencia de su vida guardada para futuros momentos de flaqueza personal.

Comenzó entonces a calentar el agua, servir y preparar los vasos para la bebida caliente.

Puso un incienso de rama púrpura y le dio a su invitado una conversación mañanera agradable, antes de que volviese a salir por la puerta del lujoso piso alquilado media hora más tarde.

Durante la escena, la conversación no se centró en la vida de la hospedadora, sino en el día que iba teniendo Rayco, como era los días en los que se quedaba sin pasar por clase por el miedo de que la medicina de su tía Mary y la que le recomendó el médico, no estuvieran a su alcance. Incluso el tiempo que había pasado fuera podría ser arriesgado si comenzaba a marearse.

Así que con extrema delicadeza de no arrastrar la silla y hacer ruido, el chico se levantó, dio las gracias por la bebida y se despidió ladeando la cabeza, en señal de respeto y agradecimiento.

Cuando Rayco estaba por la salida a la calle, pasando los cuatro metros de distancia con la entrada al bloque de edificios, una voz le llama por encima de su cabeza. Asomada, la vieja estaba con tan solo su cabeza pequeña y redonda por fuera de la ventana haciéndoles signos con las manos.

De lo que pudo entender, le preguntaba si él tenía pensado ir a su casa, cosa que dijo que "sí" al instante. Necesitaba ir a preparar el almuerzo de cumpleaños de su hermano. Ella sonrió al saber la noticia a la vez de que sacaba su móvil, ya dentro de la casa completamente, y se puso a hacer una única cosa.

Una llamada importante.

Dentro del coche, todavía estaba Temi resoplando por la histeria de golpes que le ofreció a la parte frontal del interior. Sus manos, agarrando el volante, estaban rojas, con unas pequeñas aberturas en seis de los diez nudillos, a la vez se le podía ver como las abría y las cerraba en señal de intentarse calmar. Unos pequeños resoplidos iban acorde al ritmo de sus manos; se estaba serenando.

Las letras de la carta le decían que mirase en la parte de atrás del coche, dentro del maletero. Así que con toda la desgana del mundo optó por tirar la dichosa carta a la parte trasera y salir por la dichosa puerta del conductor.

Con la mano hinchada y temblorosa, Temi la posa en el contacto de la abertura del maletero. No se percató completamente, pero mientras caminaba por el lado del coche, comenzaba a oler algo "dulzón" y desagradable. Ahora que estaba enfrente del maletero ese olor se endureció y la cara imito la misma imagen que una pasa.

Se llevó la mano que tenía libre a la boca, tapando su entrada y las fosas nasales al mismo tiempo. El aroma irritante atacaba las paredes del fondo de su nariz como si alguien hubiese tirado los restos descompuestos de un mariscado familiar.

El mismo escalofrió que había sufrido momentos antes le electrifico la parte superior de la espalda y en la base de la nuca. En ese momento, la vocecilla interior de Temi tomaba la voz cantante por unos segundos.

(Tenía ese mal presentimiento desde que vi al gorila, ¿por qué no puedo haber tenido un poco de suerte?, solo un poco joder...

El dinero me venía bien, pero todo esto de muertos con drogas dentro y este rollo de ficción me arrebató las ganas de seguir de pie.

Maldito dinero...

Aunque no todo es por el dinero, es por comodidad y la estoy perdiendo en grandes cantidades desde que me metí en esa mierda de trabajo.)

Tras ese corto periodo de tiempo, el joven empuja del contacto hacia su interior y el maletero se abrió en sin miramientos. El olor se intensifico al

igual que la mirada de Temi, cuyo foco central, en el centro del ojo, era el del contenido que tenía el maletero.

Una gota de sudor bajaba por el centro de la frente.

(¿Q-qu-qu-qué es..... esto?)

Ahora, la misma gota se deslizaba suavemente por el arco de su nariz aguileña y colgaba al vacío desde su punta.

(No me pueden... hacer esto...no)

Y con el peso adecuado, cayo. Su trayectoria fue recta, directa hacia lo que fuese que estaba dentro del maletero.

(Es... es humano... ¿no?)

Otra siguió a la primera en sentido, pero no en su trayectoria e impacto contra lo que parecía una mejilla. Una mejilla hinchada, colorada y con un tajo bastante serio.

(Mierda, mierda, mierda, ¿Dónde está la dichosa nota del demonio?)

Después de comprender ante sus ojos lo que habían puestos aquellos matones en el maletero de aquella maravillosa creación de la automovilística, para Temi ya no pasaría por un carro de lujo, sino un coche fúnebre de lo más bizarro.

Su mente no entro en detalles, pero la figura, "humana", que tenía a la altura de su rodilla estaba totalmente irreconocible. Estaba semidesnuda, con algo que creyó ser los restos de una camisa corta o un sujetador, rasgado en ambas hipótesis. El cuerpo estaba en posición fetal, así que solamente podría ver su "medio rostro" abultado, seguramente por una paliza de larga duración y duras penas o, si era reciente, esto fue una tortura con intención de homicidio.

Para Temi la camisa decía, al menos, que era una chica, pero no se entretuvo en averiguarlo. Entre un pelo con rulos, de carácter familiar, asomaba un sobre del mismo papel que el del volante.

(Dios... no pudieron ponerla al lado. Esto es surrealista por favor.

¿Cómo pueden las funerarias y sus estilistas ver tanto cuerpo sin vida y seguir el día siguiente?

Esto no es sano y tengo que terminarlo de una puta vez.

Hago esto y me aparto de todas estas movidas.)

Asqueado y extrañado por cómo estaban saliendo las cosas ese día, por cómo el mundo el día de su nacimiento le regalaba toda esta cantidad de experiencia inútil, el muchacho se abandonó.

Capítulo 5

Capítulo 5 de 6: "Policía Nacional"

Con todo esto que está pasando...

¡Que me está pasando en este mismo momento! no me doy cuenta del tiempo que estoy usando para mi propósito.

¿Cuándo empecé a meterme en estos "business" en verdad?

Hace... hace cuatro años ya, sí.

Comencé con lo de clonar tarjetas de crédito, vender claves de acceso y mover algún suministro con la furgoneta del "viejo" Carlos. Como me hubiera reventado la cabeza contra la mesa del salón, si se enterase de que en el último uso que le di a su "cochazo" fue transportar aquellos tres cuerpos, como jarras que contenían drogas o yo que sé.

¿Cómo he podido llegar a este punto? Mierda, mierda, mierda.

Debería de haber aprovechado el tiempo he ido a trabajar en aquella estúpida editorial, tras terminar la estúpida carrera también. Y no haberme puesto con la estupidez de ganar tanto dinero a tanto riesgo.

...

El tiempo, que rápido se va. Deberíamos de aprovecharlo mientras gocemos de la juventud. Es fuerza, energía y actitud frente a la vida.

En la vejez, en la incómoda etapa donde estas más en las ideas que sobre el cemento, seguiré con esa misma actitud de aprovechar cada segundo.

Hasta que la tierra me trague y solo escupa hongos y arbustos vivos en algún descampado.

Pues ¡cómo no! nuestra vida es breve y breve acabará igualmente con la muerte.

¿Será veloz? ¿será lento? ¿Tendrá algún sentido, ahora o nunca? No lo sé, pero nos llevará a todos por igual. Tan atroz como imperdonable.

Deberían de recompensar a todos aquellos que nos ayudan a aprovechar el tiempo. Familiares, amigos, parejas, personajes de un día o los que nos enseñan a aprovecharlos en verdad: los profesores.

No podré olvidar nunca a mi profesor de Historia Codicológica. Menudo amante de los libros que gastaba su irrecuperable tiempo en tan solo leer y enseñar.

Siempre estaba en pleno derecho de sus facultades el octogenario aquel. ¿Seguirá vivo a todo esto?

Y los estudiantes, la elite educativa, así nos llamaban. Con la fraternidad de esa gente que venía dispersa de otros lugares del mundo y el objetivo que nos unía, contar la verdad, nos hacía sentir nuestro tiempo aprovechado.

Pero aquellos que nos hacen perder nuestros segundos, nuestros días y nuestros años.

Estos que viven de la sociedad y de sus vicios.

Deberían de arrancarles la idea de que son generosos por el "servicio" que hacen y que se enterasen aquellas personas en su vida, a quienes respeten y admirasen, para que les guiasen a un sendero mejor o derrumbasen su vida, que vive de la nuestra.

Esto fue el último pensamiento cuerdo y con algún sentido que su mente le pudo proporcionar a ese momento en que su cerebro no podía organizar los sentimientos. Se encontraba en la carretera, dentro de aquel prodigioso coche que le entregaron los guardaespaldas de Castellón y sin ningún otro ruido que la radio y el resto de coches que dejaba atrás a su velocidad preocupante.

Rayco iba subiendo por las escaleras de su bloque tras una buena e inesperada mañana con Doña De Gil, bautizada por él mismo como "Doña Té-verde". El estropeado ascensor no bajaba de alguno de los pisos cuando pulsó el botón para que bajase.

Pies hinchados y las manos aglomerando más bolsas de las que creía haber ido captando durante el día, el muchacho aumento el ritmo por las escaleras, al igual su corazón aumentaba las pulsaciones.

Teniendo aún que subir algunos pisos, su pecho le dio una profunda punzada entre las ultimas costillas. El dolor, tan de repente, hizo que su espalda se apoyara en la pared del anexo al tercer piso. Soltando las bolsas sin reparar en su contenido, sus manos presionaban directamente

en el foco del dolor. De forma instintiva, se abrió la chaqueta, la tiró al suelo en tensión como se encontraba junto a la bufanda y se pone sus manos por debajo de la camisa.

"¡Aaaaaaah! Ostiaostiaostia." gritaba la mente de Rayco. El nivel de alerta en su cuerpo se puso al cien por cien, un calor agobiante le emanaba de cada punzada y la idea de pedir auxilio, ahí tirado donde estaba, en gesto de lombriz, le venía cada vez más arrogante.

Durante esos cortos segundos tirado en el anexo, el joven cuerpo estresado del muchacho bajaba la intensidad del dolor permitiéndole a su mente ingeniarse algo rápido:

Tengo que ponerme el ungüento de tía Mary ahora mismo. ¡Aaaagh!

Tiene que funcionar si o si, o esa ambulancia me vendrá a recoger y me llevare por delante el día de Artemi. Encima por algo que tendría que tener controlado.

A duras penas, se fue levantando dándose empujones a la pared con la espalda, el efecto de gotéele del que estaba disperso le arañó la camisa, aunque poco lo notó.

Ya con la postura erguida, a medias, giro rumbo a la puerta del ascensor a probar suerte. Un dedo tembloroso avanzaba apuntando el botón del aparato viejo.

La luz encendió. Era roja, indicando que estaba en otro piso. La cara del muchacho gesticulo una sensación de frustración y sus mejillas estaban tensadas por sus ojos cerrados.

Luego, la misma luz cambio a verde, indicando ahora que se encontraba en el mismo piso y que se abrirían las puertas. Al volver a abrir los ojos, Rayco improviso unos pocos gestos y retomo todas las pertenencias que pudo antes de que se abriesen las puertas.

Una vez abiertas, había dentro una chica joven, morena y menudita. Rayco entro sin decir y sin hacer nada más que no fuese pulsar el botón de su piso. Ya dentro del ascensor, apoyo la cabeza en el lateral de la cabina y descubrió para su suerte, que el ascensor comenzó a subir.

Con una alegría en la cara, aunque momentánea y satisfactoria, se tuvo que seguir presionando durante el ascenso entre los restantes pisos la zona que le dolía a intervalos, palpitante.

En las medianías a la casa terrera de Castellón, un grupo de la Policía Nacional y otros organismos del orden público, estaban comenzando una intervención en la calle, preparando el terreno en realidad.

Allí, el Agente al cargo de la operación, Darío Ayala, conversaba con el encargado de la acción de apoyo de los GEOS.

- ¿Te queda claro entonces la primera parte de la operación Jacinto? - dijo Darío al líder de los GEOS

-Si. Por supuesto- respondió con claridad y rapidez. Continuó-Iréis cortando las calles que den a los alrededores. Luego, cuando los vecinos estén enterados de que no deben de salir de sus casas y la calle este despejada, cogéis vuestros coches, los colocáis de manera que cortáis su garaje y el patio trasero de la casa...- Darío corto la conversación para seguir él.

-Exacto, cortamos sus posibles salidas y en el garaje, si es verdad de lo que nos han informado, deben de tener una habitación aparte, donde montan la droga. - dijo Darío recurriendo al siguiente apartado de la intervención.

Ambos hombres se miraron a los ojos y cortaron la conversación. El líder de los GEOS en la operación había leído la libreta de operaciones de Darío para aquel momento y se encontraba con un pequeño nudo en la boca al entender lo que significaba las últimas palabras del policía.

El Agente siguió al notar el silencio que se produjo al nombrar donde montaban el producto.

-Si ellos tienen el laboratorio aquí, las armas de la casa estarán cerca de la zona, es decir, que estarán en el mismo garaje. Además de las que tengan ellos mismos en sus manos. - afirmaba Darío mientras le señalaba los planos de la casa al GEO.

Haciendo un gesto de cabeza, a Darío le quedó claro que su compañero de operaciones entendía la primera y la segunda parte del plan de intervención.

Esa segunda parte consistía en que, una vez aseguradas las salidas, cortado el tráfico y haber refugiado en sus hogares a los civiles de la zona, ambos grupos, Policía Nacional, apoyado por los GEOS, la Policía Local y unos pocos efectivos de la Guardia Civil, efectuarían una entrada con

fuerza a la vivienda del objetivo.

Una vez dentro, si todo fuese bien desarmarían a los más de cinco "zetas", como los llamaban a los que van a ser detenidos, que están en el interior, detendrían a todos los que estuviesen dentro de por sí, ya que puede haber gente consumiendo y la situación de podría acabar a balazos y con muertos, así que las cosas podrían complicarse más de la cuenta, aunque fuesen de la mejor manera posible al principio de la operación.

El Agente Ayala estaba ubicado en el interior de una de las casas junto al resto de los equipos. Llevaban más de seis meses planeando y recolectando información para poder realizar la orden de intervención en casa de Abel Castellón, uno de los mayores suministradores y fabricantes de estupefacientes de diseño en la isla.

Se le relacionaba con numerosos casos de efectos perjudiciales sobre la salud de sus consumidores, algunas muertes por invasión y defensa de sus territorios de compra-venta y por lo más reciente, la monstruosidad de dejar dos cuerpos sin vida, abiertos en canal, en uno de las zonas en las que se estaba disputando un punto de venta de drogas.

Los datos toxicológicos, recogidos de las partes internas de las víctimas, reflejaban restos de una sustancia en polvo y de cierto nivel de corte, seguramente cocaína, mala y cara.

Además de que por la forma que había dejado los cuerpos, se entendía dentro del ambiente de la investigación, simbolizaban la resolución de un problema de suministros de la zona, que se cobraba la vida de, posiblemente, dos consumidores que pedían más de la cuenta o que se la jugaron al intentarle estafar.

En resumidas cuentas, iban a ir a por ese maldito perjuicio contra la salud pública, por la seguridad de la sociedad canaria y por la de sus ciudadanos.

Aunque fue raro, en cierta manera, que no fuese hasta la misma madrugada de aquel mismo día, en el que las cosas favorecieron al desarrollo del proyecto.

El Agente Ayala ya tenía el plan preparado desde que tomó las riendas de la investigación, relegando a su anterior director, que había abandonado el cuerpo unas semanas después de iniciarlo. Todo muy repentino y a mucha velocidad.

Para él, eso mejoraba su trabajo y si disponía de todos los medios que sus jefes, o los interesados que querían que el negocio de aquel bastardo narcotraficante finalizase, le ofrecían, terminaría en una nota diez, con un

premio y una recompensación por su gran servicio, dirección y esfuerzo.

Dentro de la casa, el ambiente seguía siendo el mismo que el de esa misma madrugada.

En el salón, doce hombres de uniforme y otros cuatro con un chaleco reflectante gestionaban las llamadas entrantes y salientes de la casa de Castellón. Otros, se colocaban delante de la puerta, al lado de unas escaleras que daban a donde estaban resguardados los dueños de la casa. Estos habían cedido permiso a los agentes a usar su hogar como centro de operaciones.

En el momento en el que uno de los agentes de comunicaciones se levantó espontáneamente, los ojos del resto se pusieron sobre él. La mirada de todos, expectantes y con ansia de haber interceptado algo que valiese la pena oír desde hace horas, se centraron en lo que iba a decir.

Con gesto de "copia-copia", el agente de comunicaciones activo el altavoz de la sala y dejó escuchar la repetición de la conversación de Castellón con Dalí, el guardaespaldas y tercero en la jerarquía de la organización de su jefe.

Voz de Dalí: *si...estamos llegando a donde el pibe de ayer. Para dejarle el coche con la "carga".*

Voz de Castellón: *De puta madre. Déjale "eso" y no me lo asustéis mucho, el pibito nos está haciendo un trabajo espléndido ¡Jajajaja"*

(Sonido de trafico)

Voz de Dalí: *Ok. Le digo a Estefanne que cuando le dé las llaves, lo haga como si fuera su hermana.*

Voz de Estefanne: *No hablo con hermana.*

Voz de Castellón: *¡Jajajaja! Ese maldito francés me va a romper los huesos de tanto reír.*

Voz de Dalí: *Don Castellón, Estefanne es senegalés y allí es común hablar francés.*

Hubo un silencio en la conversación, se había cortado. Unos segundos después, la mano del agente señalaba en gesto de "espera" y la voz de Castellón volvía, pero con un tono mucho más seco y serio.

Voz de Castellón: *¿Dalí? ¿Estás ahí amigo mío?*

Voz de Dalí: *Si, sin problemas señor, dígame. Estoy aparcando el Toronto enfrente del pibe.*

Voz de Castellón: *Mira, es que acabo de llamar a uno de tus propios chicos, a que tiren unas sillas al local donde trabaja tu hermana. ¿No tendrás problema con que use a unos de tus chavalines, no?*

Un silencio imperante golpeo la conversación entre siervo, señor y los agentes de la sala. Algunos se miraban entre ellos con un gesto de "¿Qué acabo de escuchar?" o "¿Es enserio?"

Otros, como Ayala, estaban esperando la reacción de su vasallo.

Voz de Dalí: *No...no hay problema. Son sus chicos señor.*

Voz de Castellón: *Si, exacto. (suspiro) Esto son los momentos en los que no me gusta ponerme como un padre contigo, Dalícito mío.*

La voz del sociópata de Castellón, bajo unos tonos y con una gravedad en su temperamento, iba a finalizar la conversación.

Voz de Castellón: *No me corrijas otra vez. ¿vale?*

Voz de Dalí: *Perdone señor. Mis disculpas por morder la mano que me da de comer. Ahora mismo salgo del coche y voy a visitar a nuestro contacto.*

(Pitido, señal de fin de la llamada)

- ¡Quiero saber inmediatamente donde trabaja la hermana de Dalí y que llevéis protección policial a la zona! Que detengan a esos bárbaros. - ordenó el Agente Ayala al policía más cercano que veía con un walkie-talkie en su mano.

Busco con los ojos al próximo agente para seguir con sus órdenes.

Tenía en mente, en ese preciso instante, reducir los daños que ese bastardo podría agraciarse a la gente, por mucho o ínfimo contacto que tuviesen con ese loco. Así que, sin esperar a que nadie se moviese antes que él mismo, comenzó una larga jornada de gestiones policiales y trámites judiciales para que le diesen luz verde a la contienda de la organización.

Luz verde, de una vez, para que se metiesen a saco, armados y protegidos por la estrategia de un trabajo cooperativo bien organizado y detuviesen a su némesis.

Rayco había llegado, por muy poco, a la cocina donde guardaba el remedio natural de su tía Mary. Un remedio basado en plantas de muy fuertes olores y de texturas casposas. A veces tenía que sacar el extracto de polen de una flor amarilla que su tía hacía crecer en una ventana de la casa, para que lo tuviera cerca a la hora de hacerse la medicina el mismo.

Que grande tía Mary, que grande.

Decía entre resoplidos Rayco, mientras sus brazos soportaban su cuerpo sobre la mesa de la cocina.

Poco a poco, esto de tener los ingredientes aquí al ladito y luego venir tú y vértelo hacer...

Buena forma de aprehender, sí señor.

Con las prisas se había olvidado de que dejó las bolsas tiradas al lado de la puerta.

Se acomodó un poco la zona del pecho, colocándose una camisa corta, sustituyendo la larga y avanzó hasta la entrada de su casa. Allí, con la puerta todavía abierta al pasillo por su entrada urgente, estaban las bolsas formando una masa blanca de plástico que tendría que recoger y ordenar.

En el momento de tomarlas, el sonido del ascensor recorrió el descansillo llegando hasta sus oídos en señal de que alguien estaría bajándose en esa misma planta.

Las puertas se abrieron, pero nadie bajo de la cabina pasado un rato.

(Que extraño... " por la cara" se abre y nadie sale.)

Un apagón repentino azotó todo el bloque. La cara del joven se quedó sorprendida, en gesto de "O", mientras, se agachaba para colgarse la última de las bolsas en la mano.

Cargado otra vez, se puso de espaldas a la puerta y con un movimiento liviano de su pie, hace contacto con la punta de sus zapatos en el lateral y

la cierra.

A paso rápido, caminaba por el pasillo distraído por el ruido de las bolsas y el de las pequeñas gotas del exterior de su casa, acompañadas por unos truenos sordos, no se pudo percatar de que alguien en la plena oscuridad del pasillo estaba acechando su puerta.

Y las intenciones que le llevaba, con una mirada congelada en el tiempo, asesina, a empujar la puerta de la casa de los jóvenes, eran causa de los errores de Temi... cuando no pudo diferenciar entre alguien vivo o alguien muerto.

Las nubes perseguían la estela del Toronto Gris en el que el sepultador de Mesa y López ordenaba a la bestia mecánica a aumentar la velocidad en la distancia que restaba a la siguiente rotonda.

El cuerpo de Temi, estaba encorvado sobre el volante, angustiado y nervioso por lo que estaba a punto de hacer. Una cosa era dejar los cuerpos allí y otra muy distinta deshacerse de uno personalmente.

La radio no la había apagado durante todo el trayecto, seguía con el mismo debate desde que lo encendió. Estaban hablando sobre el efecto que impacto el descubrimiento de una antigua cuneta de la Guerra Civil Española, en Alicante.

Los tertulianos hablaban, espolvoreadamente por encima, de los primeros años del nefasto evento que se expandió por todo el país ibérico a mediados de los años cincuenta hacia bien cerrado los setenta. Comentaban lo atroz y fiero de las encarnizadas escaramuzas entre primos, tíos y hermanos en la provincia del hallazgo y de cómo, el bando nacional, se desasían de los cuerpos que querían hacer desaparecer en las cunetas,

De forma siniestra, ya que el editor de sonido del programa añadió unos tonos lúgubres a las palabras de los historiadores, les presentaron unas fotos recientes de la zona en cuestión. Fueron contando como el bando nacional fueron usando distintos tipos de elementos para ocultarlos, como despeñar los cuerpos y sepultarlos, enterrarlos en las cercanías y luego juntar las montañas de cadáveres y tirarlos por un agujero en el suelo.

Una frase fue lo que reactivó la mente de Temi.

“Pues resulta que en una de las “cunetas” que encontramos el profesor y catedrático en antropología forense el señor Herrero y yo, había un montón de restos, huesos, amontonados unos sobre otros. Les rodeaba un polvo blancuzco.

Claramente, era cal. Cal viva, como decimos. Y ya sabéis el efecto de esa sustancia sobre la piel: la quema. Es un proceso químico perfecto si se quería ocultar, al tiempo, el aterrador evento...”

(Eso es.

iClaaaro!, si, si, si... Cal viva.)

El precioso Toronto Gris dio un derrape, con su parte posterior, hacia la derecha. Las ruedas traseras rechinaron levantando un humo blanco oliendo a quemado. La máquina de carreras, giro sobre su eje entonces y se volvió a meter en la rotonda.

Las quejas de los diferentes conductores, cláxones y escupitajos por la ventana del conductor hacia el coche de Temi y a su persona, le fueron indiferentes; aceleró todo lo que pudo y fue en dirección a la primera ferretería de la que se acordaba.

Situado sobre el mapa vial, estaba a tan solo seis minutos a su paso actual. Así que se reapretó el cinturón y se autoproclamo rey de la autopista, subiendo su velocidad al tope.

La lluvia cae, descarga con fiereza sobre el coche y el resto de vehículos al instante. Temi encuentra un aparcamiento a tres calles por encima de la ferretería Lakón. La capucha de su chaqueta puesta y los pantalones de trabajo sucios, el muchacho cogió los primeros momentos en la calle para encenderse un tabaco.

A mechero mojado, Temi le pide fuego a un joven chico que iba cruzando la calle por delante suya. Con coleta, gafas y una perilla demasiado larga, se lo ofreció de forma risueña, gesto que respondió frunciendo el ceño en señal de desagrado.

Tras el “Hasta luego” del coletas, como le bautizo al momento Temi, inhaló fuertemente la primera calada de su tabaco.

Lo soltó con una suavidad que le reconfortó bastante, haciendo que un breve escalofrió le subiese por uno de los lados de su mandíbula hasta la

coronilla. La sensación iba acompañada por el goteo del cielo, la humedad de la ciudad y el por mismo despropósito de gente en la calle.

(...eeeh. Vamos al royo.)

Rigurosamente la mente de Temi en un mejor estado le ayudaría y guiaría recordándole datos importantes, fechas de entrega y de recogida, como, por ejemplo. Pero ese día, la vida le regalaba complicaciones. Le subía la dificultad en la toma de decisiones y no le recordó un dato sumamente importante:

El padre de Lara, la chica que tenía en su maletero y que no supo reconocer, estaba trabajando en la ferretería.

Todavía no eran ni las doce de la mañana y los agentes de policía que estaban ubicados en los alrededores de la vivienda de Castellón, ya habían visto pasar tres furgonetas, propiedad del narcotraficante para llevar los productos con los que cocina.

Tenían ansias de que dieran Luz Verde a la operación. La espera les estaba pasando mella, ya que, en su mayoría, los agentes que estaban ahí llevaban desde el principio de la investigación; desde que se había pillado al primer "camello" de barrio que vendía su droga, hace ya siete meses en el pasado. Así que las intenciones acumuladas y las ganas de comenzar se entremezclaban en un barrio desierto de la ciudad canaria.

Los efectivos que estaban rodeando la casa de operaciones de la policía, fueron ordenados a meterse dentro, ya que con el aumento de los vehículos del sospechoso y la posible tormenta que comenzó a formarse sobre sus cabezas, sería más seguro si se refugiaban en su interior.

-Puede ser que el maldito bastardo haya ordenado a traer todas sus herramientas de cocina- comentaba el segundo al mando en la operación.
- Tenga por seguro, que hoy le pillaremos con todo. Con toda aquella porquería con la que se gana la vida. -

- Agente Campos, con todo el respeto del mundo, vuelva a sus obligaciones y váyame informando de cómo está la situación con la hermana del guardaespaldas. - pronunció Ayala en su postura de superior.

Un agente de comunicaciones vuelve a levantarse, pero esta vez se dirigió a Ayala y le entrego uno de los teléfonos que usaba para interceptar llamadas. El superior de la sala lo cogió alargando su formado brazo. Tras varios "síes" y "vales" el policía buscaba con los ojos al encargado del tránsito de coches. Aquel hombre estaba sentado y al recibir la mirada de su jefe, quedo prendido en un estado de espera.

-Usted. Quiero que informe, ahora mismo, a los agentes que están controlando el transito que dejen pasar a los próximos Toyotas negros que vengan, ¿entendido? – ordeno.

- Confirmado señor- respondió el otro – se les permitirá el paso, pero tengo una pregunta. -

- Que valga la pena. - gruño Ayala con la vista puesta sobre la pizarra de corcho que se montaron en el salón.

- ¿Por qué tenemos que dejarles pasar? - dijo dudoso el agente. La mente de los demás policías giraba en torno a la misma pregunta, aunque no se atreviesen a hacerla por pararse en algo que no era su trabajo.

- Porque lo ordena el comisario tras la reunión que tuvo con nuestro contacto. Punto pelota. – respondió sin cortarse en su tono Ayala.

Un clima de inquietud ocupó el salón de la casa y los policías ahora estatuas de carne con uniforme, volvían a su postura de piedra, en la que se suponían que todos trabajaban, pero algunos sospechaban de la última orden del comisario.

Una hora más tarde, ambos coches pasaron por delante de los que deberían de intervenir los vehículos. Su rumbo, como se esperaba, era la entrada trasera de la sospechosa vivienda. Una vez llego el primero, la enorme puerta del garaje deo ver sus entrañas.

Se veían tres coches de alta gama en primer plano. Había un hueco enorme entre el primero y el segundo, seguramente, porque había otro que ahora no se encontraba. A la derecha había más de dos docenas de barriles industriales de plástico, cuyo empleo seria en la cocina de cocaína. Algunos, que se veían unas hileras al fondo, tenían pegado el sello de "sustancia inflamable".

Detrás de los barriles, las tres caravanas estaban estacionadas frente a una entrada que daba a un patio interior. El contenido que traían eran los barriles y los que conducían, levando armas encima, están ahora en el

interior de la casa.

Esto complica las cosas dijo para sí mismo uno de los policías en cubierto que se situaba enfrente. Acto seguido, se retiró unos metros para llamar a su superior e informarle de la llegada de los vehículos negros.

El primero de los Toyotas entro en el garaje, ocupando el hueco vacío entre los coches de gama alta. El otro sin embargo se quedó estacionado fuera, en la parte izquierda de la misma entrada. Los cristales polarizados y de doble cristal, dificultaban la vista hacia su interior.

Ya en el interior, la imagen del prestigioso coche negro se mezclaba con la oscuridad que se quedó tras cerrar la gran boca de la entrada.

Una luz intermitente inicio su rutina de encendido y la enorme habitación, tras pocos instantes, estaría iluminada.

Por el asiento del conductor y del copiloto, dos hombres vestidos de calle y de etnia asiática bajaban del vehículo. Sus rostros inmutables fueron examinando, con prisas, las diferentes partes de donde habían entrado.

Con un suave golpe con los nudillos en la ventana trasera del pila, la puerta se abre. Tuvo que ser necesario dos empujones desde el interior para abrirse, hasta que el piloto la sujeto para que la persona del interior bajase sin complicaciones.

En el silencio de la sala, el sonido de un tacón negro y pequeño resonó. La persona que había salido expulso un suspiro de cansancio, que bien se podía comparar con uno de aburrimiento, pero poco les importaba a los asiáticos. Seguían en completo silencio.

Era una mujer mayor la figura que se expuso a la luz y con unas prendas verdes desentonaban entre todos los coches como una paleta de colores aleatorios, donde el verde pistacho escapaba del orden cromático.

La puerta que daba al patio se abrió en ese entonces y la figura de Castellón, rodeado de unos cuantos hombres de diferentes etnias, irrumpía en la sala.

- ¡Hooombre! Si ya estás aquí, mi señora. - comentaba en voz alta la figura cómica de Castellón.

- Creía haberte dejado claro que no podíamos reunirnos, pero tu insistencia y urgencia me aprietan los cojones. - dijo sin interponer ninguna alegría la vieja.

- Es importante, por supuesto que es importante. - señalaba el narcotraficante como sorprendido por la respuesta de su interlocutora. -

Tenemos que enviar el siguiente envío más lejos que de costumbre y te necesito para que me respaldes en esto. -

- Como sea. - dijo la vieja- yo también necesitaba hablar contigo sobre un asunto. ¿En este club de carretera que tienes por casa hay alguna habitación lo bastante limpia como para hablar en privado? -

La cara de Castellón cambio de sorpresa y comedia a una mirada complicada de definir, pero de seguro era una cara como del que encuentra algo aberrante y asqueroso.

-Sígueme, señora De Gil- informaba Castellón con el semblante serio al igual que su tono. - No perdamos más tiempo. -

Ambos personajes, acompañados por su seguridad, pasaron el marco de la puerta al patio y se dirigieron al centro de la casa, a la habitación- estudio del padre, ha muerto, de Castellón.